AEMILIANENSE
Instituto Orígenes del Español

Orígenes del sistema grafo-fonológico del castellano medieval

Máximo Torreblanca
Universidad de Davis, California

Resumen: El sistema grafo-fonológico del castellano medieval es autóctono, y procede del latín. De manera que su evolución debe estudiarse única o preferentemente dentro del castellano mismo, a partir de examinar cuidadosa y prudentemente los documentos, sin prejuicios de ningún tipo. El sistema grafo-fonológico anterior a la venida de los monjes cluniacenses continuó durante este período, y dichos inmigrantes debieron aprender las grafías castellanas. El influjo cluniacense en los documentos notariales de 1100 a 1170 consistió principalmente en la imposición de la letra carolina y en una disminución de formas romanceadas, pero estas nunca desaparecieron totalmente, incluso en el léxico general.
Palabras clave: latín eclesiástico de Britania**,** latín eclesiástico carolingio, celta británico, latín medieval, hispanorromance.

Abstract: The grapho-phonological system of mediaeval Castilian is indigenous and stems from Latin. Therefore its evolution must be studied solely or preferentially within Castilian itself, based on the careful and cautious examination of documents, without prejudice of any kind. The grapho-phonological system that existed prior to the arrival of the Cluniac monks continued throughout this period, and these immigrants had to learn the Castilian writing system. The Cluniac influence in notary documents between 1100 and 1170 consisted mainly of the imposition of Carolingian script and a decline in the use of Romanised forms, although they never totally disappeared, not even from the general lexicon.
Key words: Ecclesiastical Latin of Britannia, Ecclesiastical Carolingian Latin, British Celtic, Mediaeval Latin, Hispano-Romance**.**

1. Introducción

El alfabeto del español moderno es de origen latino, pero en varias ocasiones las mismas letras tuvieron y tienen valores fonéticos o fonológicos distintos en latín y en español. La palabra española *gallo* procede de la latina GALLUS. La /-ll-/ latina era una consonante lateral ápico-alveolar "exilis" (no velarizada; Torreblanca 1988), pronunciación que se conserva o se conservaba hasta recientemente en el habla altoaragonesa de Bielsa (Badía 1950:88). En el castellano medieval, en fechas muy difíciles de determinar, la lateral ápico-alveolar se convirtió en dorso-palatal, pero conservándose la grafía latina *-ll-*. Otras grafías también cambiaron de valor fonético y fonológico en el castellano medieval, y en ocasiones los escribas se inventaron nuevas grafías o combinaciones de grafías para representar los nuevos fonemas que surgían en la lengua.

Según Menéndez Pidal (1968:45-70), con una sola excepción, el sistema grafo-fonológico del castellano alfonsí procede directamente, por evolución interna, del sistema utilizado por los escribas castellanos de los siglos X, XI y XII; la excepción fue el uso de la grafía {ch} con valor de consonante sibilante, por influjo ultrapirenaico. Para Roger Wright (1982:207-260), los orígenes del sistema grafo-fonológico alfonsí no son tan remotos como supuso Menéndez Pidal, y el influjo ultrapirenaico no se limitó a la grafía {ch}.

Tradicionalmente se ha creído que el latín eclesiástico medieval, en el aspecto fonológico, descendía directamente del latín de la época del Imperio, y de algún modo no había participado de varios cambios fonéticos ocurridos en los dialectos románicos medievales. Según Wright (1982), esta creencia es errónea. Durante los ocho primeros siglos de la Era Cristiana ocurrieron varios cambios fonéticos que alcanzaron a todos los miembros de la comunidad lingüística, de cualquier nivel cultural, en cualquier lugar del Imperio Romano (o de la Romania), pero las palabras siguieron escribiéndose según la ortografía tradicional latina. La pronunciación del latín eclesiástico medieval, la cual ha llegado hasta nosotros, fue una "invención" de los monjes anglosajones. Uno de ellos, Alcuino de York (región de Northumbria), enseñó la pronunciación "correcta" del latín en Francia, en la Corte de Carlomagno, a fines del s. VIII, y de allí pasó a la Península Ibérica. Una vez que los clérigos y dignatarios de la corte de Carlomagno aprendieron la nueva pronunciación latina, enseñada por Alcuino, surgió el concepto del latín eclesiástico medieval como lengua distinta de la galorromance. En la Francia carolingia, junto a los hablantes galorromances había otros cuya lengua primaria tenía origen germánico. En alguna ocasión surgió la necesidad

de escribir en alfabeto fonológico textos bilingües, en romance y en germánico, para su lectura conjunta ante un público bilingüe, como en los Juramentos de Estrasburgo (mediados del s. IX). El texto galorromance de los Juramentos no fue, sin embargo, un fiel reflejo del habla oral. El "nacimiento" de la ortografía fonológica romance, donde cada fonema está claramente representado, tuvo lugar a fines del s. IX en el nordeste de Francia, con la Canción de Eulalia.

Las innovaciones grafo-fonológicas surgidas en el nordeste de Francia se extendieron gradualmente al resto de la Galia e inspiraron otras más. El influjo lingüístico de Francia en la Península Ibérica comenzó en Cataluña, extendiéndose gradualmente al resto de la Península. En Castilla, las Glosas de San Millán de la Cogolla muestran ya influjo occitano en la representación de los diptongos procedentes de las vocales /ĕ/ y /ŏ/ tónicas latinas. Pero el mayor empuje ocurrió después del Concilio de Burgos (a. 1080), cuando Alfonso VI, bajo la presión de Roma, accedió a que se introdujera en las iglesias de sus reinos el Rito Romano, abandonándose el viejo Rito Visigodo. Para esta tarea, Alfonso VI buscó la ayuda de la Orden de Cluny. Los monjes cluniacenses llegaron a Castilla y reformaron la Iglesia. Enseñaron a los clérigos castellanos la nueva pronunciación del latín litúrgico, y bajo el influjo cluniacense, durante el s. XII, los escribas castellanos adoptaron el tipo de escritura francesa o carolingia, no solamente en la redacción de textos religiosos, sino con cualquier clase de documentos. Al aprender la nueva pronunciación latina, los clérigos castellanos concibieron por primera vez su propia lengua romance como distinta de la latina medieval, surgiendo entonces la necesidad de un nuevo sistema grafo-fonológico para el romance castellano en que, a semejanza del existente en el latín medieval, cada fonema estuviera claramente representado en la escritura. Las actividades de los escribas venidos de Francia no se limitaron al latín eclesiástico. Durante el s. XII, hubo numerosos escribas de origen ultrapirenaico que redactaron documentos forales y notariales en dialectos hispanorromances, los cuales se servirían del sistema o sistemas grafo-fonológicos existentes en Francia. Este proceso culminó en el s. XIII, en la época alfonsí (Penny 1998:219-220).

1.1. La tesis de Wright, la cual he resumido en el párrafo anterior del modo más sencillo posible, suscitó una gran polémica entre los hispanistas, como podemos ver en el juicioso estudio de esta tesis hecho por Quilis Merín (1999:171-228). Sin embargo, no se ha prestado mucha atención a su base misma, a los orígenes del latín eclesiástico de Britania en la época anglosajona, y a las pruebas que tenemos sobre la pronun-

ciación del latín eclesiástico carolingio. A juzgar por el testimonio del anglosajón, y de otros hechos que veremos a continuación, es precisamente en los textos escritos en Britania durante la época anglosajona, donde encontramos los mejores argumentos en favor de la tesis tradicional sobre los orígenes del latín eclesiástico. Además de ello, el anglosajón tardío es una fuente excelente para determinar la pronunciación del latín eclesiástico carolingio.

2. El latín eclesiástico de Britania

Britania formó parte del Imperio Romano desde el año 43 hasta comienzos del s. V, cuando las legiones romanas estacionadas en Britania pasaron a las Galias para defender esta provincia de las invasiones germánicas. Cuando los anglosajones llegaron a Britania en el s. V, se encontraron con una población que, además del celta británico, escribía y hablaba latín. Sin dar referencias bibliográficas ni pruebas de lo que decía, Wright (1982:99) afirmó arbitraria y contundentemente que el latín (o romance) británico no pasó del s. V, como lengua hablada. Por consiguiente, nadie en el siglo VI o en los siglos posteriores que quisiera aprender o enseñar una pronunciación del latín litúrgico, podría servirse de un dialecto neolatino como punto de partida; para tal empresa los monjes anglosajones partieron "de la nada" (*from scratch*). La pronunciación latina "inventada" por los monjes anglosajones fue llevada por Alcuino a Francia.

Además de la pronunciación, el latín eclesiástico de la época anglosajona tenía también un sistema morfológico, sintáctico y semántico. Wright no explicó cómo los monjes anglosajones "descubrieron" estos sistemas, cómo pudieron entender los textos litúrgicos escritos en latín sin saber cómo se pronunciaban. Por supuesto, si alguien que ya sabía latín, escrito y oral, les enseñó a los anglosajones cuál era el significado de una palabra como TERRA, resulta totalmente sorprendente que no les enseñara también cómo se pronunciaba.

A juzgar por la lista dada por Wright y algunas aclaraciones subsiguientes (1982:105-107), en el latín de la Reforma Carolingia cada letra correspondería a un solo sonido, y viceversa, excepto en algunos casos. La letra {u}, según el entorno, tendría el valor de [u], [w] y [v]; la grafía {i} representaba [i] o [j]; {t} y {c} ante yod, y {c} y {g} ante vocal palatal, representaban africadas sibilantes. Según Wright (1982:100-101), la única guía de pronunciación latina que circulaba por Inglaterra en el s. VIII, en la época de Alcuino, era la de Martianus Capella (s. IV-V). Esta guía, incluida por Wright en su obra, no serviría para mucho. Sin excepción alguna, los gramáticos latinos no tenían noción alguna sobre el

funcionamiento de las cuerdas vocales en la producción de sonidos. Es absolutamente imposible saber, en la guía de Capella, si una consonante es o no sonora. Respecto al lugar de articulación, las descripciones de P, B, F, M y C son bastante precisas. Pero N aparece clasificada como dental, y L como palatal, igual que G, K y Q. Con relación al modo de articulación, Capella no mencionó la nasalidad (M *labris imprimitur*), ni la lateralidad claramente (L *lingua palatoque dulcescit*). Las descripciones de las vocales no son menos vagas, y tampoco mencionó Capella el uso de V como vocal, semiconsonante o consonante, o de I como vocal o semiconsonante. Es sencillamente imposible que Alcuino, o los maestros de Alcuino que anteriormente se hubieran servido de la guía de Capella, pudieran haber sabido que la letra B representaba [b], pero no [p] o [m], o que la letra U tenía los valores de [u], [v] y [w], según el entorno (Wright 1982:106). Tampoco podrían saber dónde caería el acento de intensidad dentro de la palabra. Lo último sería importantísimo, puesto que en anglosajón, como en otras lenguas germánicas antiguas, el acento de intensidad caía sistemáticamente en la primera sílaba. Si realmente los anglosajones se hubieran "inventado" una pronunciación latina, esta hubo de ser la anglosajona misma. Habría habido dos lenguas escritas, la latina y la anglosajona, pero en el plano fonológico solamente una. Lo cierto es que los monjes anglosajones no se inventaron ninguna pronunciación latina.

2.1. Los pueblos germánicos que colonizaron Britania en los siglos V y VI pertenecían a dos grupos principales, los anglos y los sajones, procedentes de Dinamarca y del norte de Alemania. En la primera mitad del s. V, algunos grupos germánicos se asentaron en el este de Britania, como aliados o federados de los británicos. Luego hubo disensiones entre unos y otros, y a mediados del s. V los sajones atacaron a los británicos y se adueñaron del sudeste de la isla, lo cual produjo una fuerte reacción por parte de los bretorromanos. Uno de ellos, Ambrosius Aurelianus, organizó una campaña militar en contra de los sajones, derrotándoles en la batalla del Monte Badon (cerca del actual País de Gales), hacia el año 500, y Britania permaneció en paz durante algún tiempo, pero los anglosajones continuaron su asentamiento en el sureste de Britania. A mediados del s. VI los anglosajones atacaron de nuevo, y después de varios triunfos militares, se adueñaron del sur y del centro de Britania, excepto de la península de Cornualles y el País de Gales, y de gran parte del norte de la isla (Jackson 1953:194-219).

Durante todo el período anglosajón (y también antes), la lengua oficial de la Iglesia fue siempre la latina. Antes del 900, los documentos

gubernamentales y notariales (de donación, cambio, venta o compra de propiedades) se redactaban normalmente en latín, y excepcionalmente en anglosajón (Campbell 1959:5-6; Sawyer 1968). A partir de estas fechas, el anglosajón comenzó a usarse con más y más frecuencia en la redacción de documentos no eclesiásticos, pero continuó el uso del latín en documentos gubernamentales y notariales hasta fines del período anglosajón (Sawyer 1968). Cuando los anglosajones llegaron a Britania, carecían de una lengua literaria, de una lengua escrita usada en la comunicación pública. Al asentarse en Britania y cristianizarse, adoptaron el alfabeto latino para sus propios dialectos germánicos, para lo cual relacionaron los fonemas del anglosajón con el sistema gráfico-fonológico del latín "culto" británico (Campbell 1959:12-14). En los documentos notariales (originales) del s. VII, el texto está escrito siempre en latín, pero en ellos frecuentemente aparecen algunos o varios antropónimos germánicos (Sweet 1978:199-201). Es imposible saber con certeza si los escribas del s. VII eran o no anglosajones, pero es seguro que los primeros en transcribir palabras germánicas en la actual Inglaterra fueron los que ya sabían escribir en latín, los romano-británicos. De ellos, y de los monjes irlandeses cuyos maestros habían sido los británicos, aprendieron los anglosajones a escribir en latín los nombres propios germánicos primeramente, y luego aplicaron este procedimiento a cualquier clase de palabras[1]. A pesar de lo que creía Wright, los clérigos anglosajones no se "inventaron" ninguna pronunciación latina, aunque es bien cierto, como veremos más adelante, que la pronunciación latina de los anglosajones estuvo influida por el sistema fonológico anglosajón.

2.1.1. Desconocemos cuándo cesó en Britania el uso del latín como lengua hablada fuera de la Iglesia. A mediados del s. VI, el historiador británico Gildas consideraba el latín como la *lingua nostra*. La obra de Gildas, **De Excidio Brittaniae**, escrita hacia el año 542 según los cánones de retórica del latín clásico, muestra que durante la juventud de Gildas todavía se conservaba en la parte de Britania no controlada por los anglosajones, la enseñanza del latín escrito y oral, según el modelo clásico. Maglocus, un reyezuelo galés mencionado por Gildas, había estudiado latín con un *magister elegans*, seguramente un retórico. La

1 Hasta la segunda mitad del s. X, cuando se extendió la letra carolina francesa a Inglaterra durante la Reforma Benedictina, en los documentos escritos en las Islas Británicas se utilizaba el tipo de escritura llamado Insular Script (Blair 1956:310-311; Campbell 1959:12). Frecuentemente este tipo de escritura se conoce también con el nombre de letra irlandesa, o Irish Script, pero sus raíces eran romano-británicas. A fines del Imperio Romano, el Cristianismo estaba bastante extendido en Britania (Thomas 1981).

obra de Gildas iba dirigida a los reyezuelos británicos de su época, y deberíamos suponer que ellos también serían capaces de entender y apreciar las sutilezas retóricas de Gildas (Palidge 1984:27-50). No sabemos cuál sería, exactamente, la pronunciación latina de Gildas y Maglocus, y la de otros británicos pertenecientes a la clase alta, pero en Britania existió una pronunciación latina "popular" o "coloquial", a juzgar por las inscripciones británico-latinas de la época del Imperio Romano y de los siglos V y VI (Jackson 1953:191-93; Mann 1971; Rivet y Smith 1979:24-29; Thomas 1981:78-79), las numerosas palabras de origen latino halladas en glosarios o diccionarios, traducciones de la Biblia al anglosajón y otros textos anglosajones de los siglos VIII-X (Pogatscher 1888; Serjeantson 1935:271-292; Campbell 1959:199-214; Kastovsky 1992:301-10).

3. El latín eclesiástico de la reforma carolingia

Según Wright (1982:104-108) a fines del s. VIII, en la Corte de Carlomagno, se juntaron varios obispos procedentes de Italia, Francia, España, Inglaterra e Irlanda, con el fin de unificar la liturgia de la Iglesia Cristiana, o más exactamente, de unificar los textos utilizados en la liturgia. Entre ellos estaba el italiano Pedro el Diácono (de Pisa), el cual había sido el gramático oficial de la Corte de Carlomagno durante bastante años. A pesar de que en la Corte se hallaban otros expertos en gramática latina, al "decretarse la nueva pronunciación latina", Alcuino se convirtió en el maestro de los demás, les enseñó la "nueva" pronunciación latina.

Puesto que Wright no dio pruebas documentales de lo que decía respecto a la labor educativa de Alcuino, no comprendo por qué los clérigos procedentes del continente europeo iban a adoptar la pronunciación latina de Alcuino. A este respecto hay que recordar que, según la tesis de Wright, en las Galias, como en Italia y España, habían ocurrido varios cambios fonéticos con relación al latín de la época de Cicerón, en todos los miembros de la comunidad (clérigos o no clérigos), pero nadie tenía conciencia alguna de ello (todos creían que hablaban "latín"). Suponiendo que entre ellos (y también Alcuino), hubiese diferencias de pronunciación, ¿por qué la variante de Alcuino sería más aceptable que la de los demás? A juzgar por los datos disponibles, la pronunciación de Alcuino no debería de haber sido menos "vulgar" que la de los clérigos italianos, franceses o españoles.

En la pronunciación latina "enseñada" por Alcuino en la Corte de Carlomagno (Wright 1982:105-106), la letra {f} correspondía al sonido [f], mientras que la {u} inicial de sílaba, ante vocal, tenía el valor de [v].

Norberg (1958:51-52) observó que los poetas anglosajones que escribían en latín aliteraban frecuentemente *f* y *v* al principio de palabra: *flamine* y *verus*; *verba* y *fudit*. De ello dedujo que los anglosajones, al igual que los alemanes, pronunciaban la *v* inicial latina como [f].

En anglosajón no existía una oposición fonológica entre /f/ y /v/. Al principio de palabra, sólo tenía [f]; en el interior, entre sonidos sonoros, [v]. La fricativa labial sorda y la sonora eran variantes de un mismo fonema, el cual se escribía frecuentemente con *f* (Lass y Anderson 1975:181-82). En los préstamos del latín, la *v*- latina se pronunciaba [f] al principio de palabra, como puede observarse en el inglés moderno *fan* (ant. *fann*), voz procedente del lat. VANNUS (Campbell 1959:212).

En los glosarios o diccionarios latino-anglosajones del s. VIII (los más antiguos conservados), con vocablos supuestamente latinos, la grafía F se da en algunas ocasiones en lugar de V inicial latina, y de B y V interiores de palabras (Sweet 1978:1, 7, 14, 15, 31, 40, 41, 43, 77 y 99): *coliferte* (collibertus), *fafonio* (-v-), *bofellus* (bovile), *difortium* (-v)-, *fitilium* (vitellus), *fibrans* (v-), *fespa* (v-), *fortex* (v-), *praefectae* (-v-), *profecta* (-v-); *prifignus* (-v-); en un par de casos, se da V para [f-] inicial: *vicatum* (f-), *vistula* (f-). Los diccionarios donde aparecen estas formas proceden del norte de Inglaterra, de la región de Northumbria. Ninguno de ellos es original, pero están totalmente conectados y se remontan a un mismo arquetipo, a una misma fuente (Chadwick 1973:188-253; Pheifer 1974:xxi-xli). Alcuino procedía de Northumbria. En el latín anglosajón, por adstrato germánico, no existía una distinción fonológica entre /f/ y /v/. Si en el latín eclesiástico de la Reforma Carolingia /f/ y /v/ eran *fonemas* (no simplemente letras) distintos, Alcuino de York no pudo ser el promotor de tal distinción fonológica.

3.1. En el anglosajón medieval existieron varias palabras que muestran la sonorización de /p, t, k/ intervocálicas latinas (Pogatscher 1888:170-180; Serjeantson 1935:271-292; Campbell 1956:200-214) [en anglosajón, la letra {f} equivalía al sonido [v], entre vocales]: *prafost*, *profost* (ingl. mod. 'provost') < PRAEPOS(I)TUS; *trefet* (mod. 'trivet') < TRIPED-EM; *cyfe* (mod. *kive*, *keeve*) 'cuba' < CUPA; *cufel*, *cyfl* 'tonel' < CUPELLA; *caebester*, *caefester* 'cabestro' < CAPISTRUM; *aeced*, *eced* (dat. *ecede*) 'vinagre' < ACETUM; *byden* 'jarra' < *BUTINA; *laeden*, *leden* < LATIN-US; *side* (dat. *sidan*) 'seda' < SETA; *cumpaeder* 'padrino' < CUM + PATREM; *cumaeder* 'madrina' < CUM + MATREM; *rude* 'ruda' < RUTA; *abbod* (gen. *abbodes*; ingl. mod. 'abbot') < ABBATEM; *laerig* 'loriga' < LORICA; *cugele* (mod. 'cowl') 'cogolla' < CUCULLA; *finugle* (mod. 'fennel') 'hinojo' < FENUCULUM;

sigle 'centeno' < SECALE.

3.1.1. En el celta británico se sonorizaron las oclusivas sordas entre vocales, con palabras de cualquier origen. Entre las de procedencia latina, hay varias que coinciden con las del anglosajón en cuanto a la sonorización: CUPA > *cib*; CUPELLA > *cibell*; LATIN-US > *ladin*, *lladin*; LORICA > *lurig*, *llurig*; SECALE > *segal*, *sigal*; FENUCULUM > *fenigl*; TRIPEDEM > *trybedd*; PATER > *pader*; RUTA > *rud*; ABBATEM > *abad*. En un diccionario del córnico antiguo, la forma *keber* (< lat. CAPREUS) se traduce por TIGNUM en latín (Loth 1892:146). De CAPREUS procede también la forma anglosajona *caebr -tun ~ ceafor -tun* (la letra *f* representa el sonido [v]) 'vestíbulo, corte, casa señorial' (Serjeantson 1935:17, 23 y 279).

Entre las inscripciones británico-latinas reunidas por Mann (1972), se dan dos ejemplos de sonorización de oclusivas sordas intervocálicas: *idemq*(ue), ITEMQUE; *fegit*, FECIT. Con relación a la cronología, Mann se limitó a decir que las formas recogidas llegaban hasta fines del s. VI, sin especificar la fecha o el siglo de cada una de ellas. De todos modos, hacia el s. VI (o tal vez antes) las oclusivas sordas latinas se sonorizaban en el latín de Britania, al menos en algunas palabras.

Los historiadores de la lengua inglesa dividen las palabra anglosajonas de origen latino en tres grupos principales (Pogatscher 1888; Serjeantson 1935:271-92; Kastovsky 1992:307): (a) las tomadas del latín del continente europeo, antes del asentamiento de los anglosajones en Britania (siglo IV y primera mitad del V) ; (b) las procedentes del "latín vulgar" británico en el período de asentamiento (mediados del s. V a mediados del VII); (c) palabras posteriores procedentes del latín eclesiástico. Uno de los criterios utilizados para distinguir unas de otras es la sonorización de /p, t, k/ latinas en posición intervocálica, fenómeno que indica que procedían del "latín vulgar" de Britania. Para Jackson (1953:252), la sonorización no es prueba segura de que todas estas palabras se tomaran del latín británico, pues algunas o varias de ellas pudieron haber venido del francés medieval.

No es fácil de entender el escepticismo de Jackson sobre los orígenes de los latinismos del anglosajón, puesto que según él (1953:68-71), en el latín *hablado* en Britania en el s. VI era frecuente la sonorización de /p, t, k/ intervocálicas, aunque este fenómeno no solía reflejarse claramente en la escritura (sí ocurría a veces, como vimos anteriormente). Es probable que del francés medieval entraran en anglosajón algunas formas

con /p, t, k/ intervocálicas sonorizadas[2], pero la mayoría de los casos de sonorización deberían de proceder del latín británico.

3.1.2. Existe algo de desacuerdo sobre la cronología de la supervivencia del latín británico, fuera de la Iglesia (Pogatscher 1888:5-12; Serjeantson 1935:271-92; Jackson 1953:112-121 y 190-93; Kastovsky 1992:307), aunque la mayoría opina que a comienzos o mediados del s. VII, el latín había dejado de hablarse fuera de la Iglesia, pero continuó dentro de ella. Esta cuestión está relacionada con la existencia en anglosajón de algunas palabras compuestas y una derivada de la forma *laeden* (o *leden*), las cuales se encuentran en textos del s. X y XI (ASD, 1:114 y 609-610): (a) *boc-leden*; (b) *laeden-gereord*; (c) *laeden-getheode*; (d) *laeden-spraec*; e) *laeden-ware*; (f) *laedenisc*. Según Pogatscher (1888:5-12), *boc-leden* (o "latín de los libros") equivalía a latín culto, *laedenisc* designaba el latín hablado, y *laeden-ware* (los "ladinos") eran las gentes de Britania que hablaban un dialecto neolatino en que se sonorizaban las consonantes /p, t, k/ en posición intervocálica. Para Bosworth y Toller (ASD, 1:114), *boc-laeden* era el "latín o la lengua de los libros", puesto que en la época anglosajona la mayoría de los libros se escribían en latín. Lo último es cierto, pero el contexto en que aparece *boc-laeden* no parece que se refiera a la lengua escrita[3]. De todos modos, existía un latín que no era de los "libros", había una lengua oral (*laeden-gereord*, *laeden-getheode*; y sobre todo *laeden-spraec* "habla ladina". Según Bosworth y Toller (ASD, 1:610), para los anglosajones los *laeden-ware* eran "los latinos o los romanos". Los textos anglosajones aducidos por Bosworth y Toller indican que, en la cultura anglosajona, a veces no se distinguía entre "latino" y "romano". De todos modos, el término *laeden-ware* se refería, en ocasiones al menos, a gentes conocidas por los anglosajones, y el primer miembro de esta palabra compuesta es un ejemplo indudable de sonorización de /t/ intervocálica latina, existente modernamente en galés (*ladin* ~ *lladin*) e irlandés (*laiden*). Todas estas formas

2 La forma *abbod*, en galés *abad*, vino de las Galias en una época relativamente tardía (Loth 1892:129). Otro probable préstamo del francés es el hidrónimo *Sigen* (< SEQUANA), que corresponde al moderno Seine (norte de Francia), español Sena (Campbell 1959:203).

3 El término *boc-leden* se da en la frase siguiente, procedente de la Antigua Crónica Sajona, conservada en copia del s. XI: "her sind fif getheode Englisc and Brittisc and Scyttisc and Pyhtisc and Boc Leden" (hay cinco lenguas aquí, Inglés, Británico, Escocés, Picto y Latín). La Antigua Crónica Sajona recoge acontecimientos históricos transmitidos oralmente, y es imposible saber cuándo surgió en anglosajón la palabra compuesta *Boc Leden*. Pero es indudable que en esta frase, significa "lengua oral" (*getheode*). En realidad, cuando Bosworth y Toller traducen esta frase al inglés moderno, la equivalencia de *Boc Leden* es, simplemente, "Latin".

se dan en textos del s. X y XI, aunque debieron de entrar en anglosajón anteriormente, en el s. VI o VII. Pudiera ser que en el X el "habla ladina" (*laeden-spraec*) se refiriera únicamente al latín eclesiástico, aunque no creo que sea fácil probarlo.

Hasta el año 900, el latín se empleaba preferentemente en la redacción de documentos notariales, los cuales iban dirigidos a un público no religioso. Podríamos suponer que los notarios únicamente conocían el latín como lengua escrita, y una vez redactados los documentos los traducían oralmente al anglosajón. Pero también pudiera ser que los notarios y la nobleza anglosajona hubieran aprendido a leer y pronunciar latín en los monasterios, y durante un largo tiempo prefirieron el uso del latín en la redacción de documentos notariales[4].

Serjeantson (1935:271-77) dio una lista de cerca de 200 palabras anglosajonas de origen latino que, según ella, entraron en anglosajón en el período continental, entre los años 300 y 400 principalmente. Esto hubiera sido teóricamente posible si antes de llegar a Britania, los anglos y los sajones hubieran vivido durante bastante tiempo en el norte de las Galias, de lo cual no tenemos ninguna noticia histórica. Los anglosajones hablaban dialectos del antiguo Bajo Alemán. En la lista de latinismos del Bajo Alemán medieval continental, dada por Pogatscher (1888:217), aparece solamente una docena de palabras. Algunas de ellas no se documentan en Alemán medieval después de que los anglosajones hubieran emigrado a Britania. De todos modos, hay una enorme diferencia numé-

4 En el actual Reino Unido, en el País de Gales, se conserva una lengua prelatina Lo mismo ocurre en España, en el País Vasco. La razón de la supervivencia del galés y del vasco radica, fundamentalmente, en la geografía de estas regiones. Si el País de Gales y el País Vasco fueran regiones de tierras llanas, propicias a la formación de latifundios, hoy día no existirían la lengua galesa ni la vasca. La región más romanizada y latinizada de Britania fue la del sureste, las Tierras Bajas ("The Lowlands"). La mayoría de los latinismos del anglosajón, relativos a la vida material, proceden del latín británico de las Tierras Bajas. La importancia relativa del celta británico con relación al latín, puede observarse en el léxico anglosajón. Fuera de la toponimia, el número de palabras anglosajonas procedentes del celta británico son escasísimas, mientras que las de origen latino se cuentan por centenares (Serjeantson 1935:11-60 y 271-292). Según Kastovsky (1992:329-30), resulta inexplicable y sorprendente que el celta británico no hubiera dejado "su marca" en la lengua inglesa. La sorpresa procede de una creencia, bastante extendida entre los historiadores ingleses, de que en la primera mitad del s. V, después de 400 años de romanización, en el sureste de Britania (los "Lowlands") todavía tenía una gran vitalidad el celta británico. No existe evidencia alguna, lingüística o de otra índole, que apoye esta creencia. La gran escasez de celtismos británicos en el anglosajón es un claro indicio de que la romanización de las Tierras Bajas fue más intensa de lo que se suele creer.

rica entre los latinismos del Bajo Alemán medieval y del anglosajón. Al dividir los latinismos del anglosajón entre los prebritánicos y los británicos, ya observó Serjeantson (1935:13-14) que esta clasificación resultaba en ocasiones sumamente difícil, puesto que varias palabras del primer grupo podrían incluirse en el segundo, y viceversa. En realidad, la casi totalidad de las palabras del primer grupo podrían estar en el segundo. Con relación a la fonología histórica del anglosajón, el único rasgo que nos remite a la época prebritánica es la geminación germánica de consonantes por influjo de la yod (cfr. Campbell 1959:50-162 y 170-198). Del latín continental proceden las palabras anglosajonas *pytt* (< PUTEUS), *ynne* (< UNIO), *mydd* (< MODIUS), *midd* (< MEDIUS). En el marco de la fonología histórica británico-latina, a juzgar por lo que sabemos de ella a través de las inscripciones latinas y del celta británico (Serjeantson no utilizó estas fuentes, en 1935; tampoco lo hizo Kastovsky en 1992), no hay en los restantes latinismos del anglosajón ni un sólo rasgo que nos remita, necesariamente, al latín continental anterior a la llegada de los anglosajones a Britania. Hay un nutrido grupo de latinismos que, de basarnos únicamente en su aspecto fonético, no podemos determinar cuándo entraron en anglosajón. Consciente de este problema, Campbell (1959:200-219) prudentemente prefirió clasificar los latinismos del anglosajón en sólo dos grupos: a) antiguos; b) tardíos. Los primeros se diferencian de los segundos, principalmente, por mostrar cambios fonéticos ocurrido en anglosajón en el período preliterario (antes del s. VIII). En el grupo a) de Campbell, para determinar aproximadamente si unas u otras palabras proceden o no del latín británico, sólo podemos servirnos del criterio semántico.

En el anglosajón medieval existieron numerosos latinismos relacionados con la vida social, la casa, la ropa y la vida doméstica (la lista es incompleta; celta = celta británico): CASTRA (celta *caer*) > *caester*, *ceaster* 'ciudad'; PORTUM (> celta *porth*) > *port* ' puerto, ciudad comercial' y *portware* 'ciudadanos'; CAPREUS (celta ant. *keber*) > *ceafor* (-tun) 'corte, casa señorial'; CASULA(celta *casol*) > *ceosol* 'cabaña'; MURUS (celta ant. *mur*) > *mur* 'muro'; TURRIS (celta *twr*) > *torr* 'torre'; SOLARIUM (celta *suler*) > *solor* 'desván'; TEGULA > *tigle* 'teja'; PENSILIS > *pisle* 'habitación, recámara'; PORTA (celt. *porth*) > *port* 'puerta'; CLAUSTRUM > *cluster* 'cerrojo'; MATTA > *matte*, *meatta* 'felpudo'; SACCUS (celta *sach*) > *sack* 'saco'; SAUMA > *seame* 'bolsa'; BISACCIUM > *bisaecc* 'bolsillo'; SOCCUS (celta ant. *soch*) > *soc* 'zapa-

to, zueco' (mod. *sock* 'calcetín'); SUBTALARE > **syftlere* > *swiftlere* 'zapatilla'; SUTOR > *sutere* 'zapatero'; FULLO > *fullere* 'batanero'; CAPPA > *cap* 'capa'; CAMISIA > *cemes* 'camisa'; PELLICIA > *pilece* 'pelliza'; CORTUS > *cyrtan* 'acortar', *cyrtel* 'vestido' (mod. *kirtle*); MANTALLUM (celta *mantel*) > *mentel* 'capa, capote'; STROPPUS > *stropp* 'correa, banda de cuero' (mod. 'strap'); CAPISTRUM (celta *cebystr*) > *caebestr*, *caefester* 'cabestro'; SCRINIUM (celta *yscrin*) > *scrin* 'cómoda, aparador'; ARCA (celt. *arch*) > *earce*;STRAGULUM (celt. *ystraill*) > *straegl* 'colchón, cama'; CANDELA (celta *canwyll*) > *candel*; CAPSA > *caepse* 'cofre'; CISTA (celt. *cest*) > *cest* 'cesta'; COQUINA (celt. *cegin*) > *cycene* 'cocina'; CULINA > *kylene* 'horno'; CUPA (celta *cib*) > *cyfe* 'cuba' (mod. *kive*, *keeve*); FOCUS (celt. *foc*) > *foca* 'hogaza'; MENSA (celta *muys*) > *mese*, *myse* 'mesa'; TRIPEDEM (celt. *trybedd*) > *trefet* 'trébede'; SCAMELLUM (celta *scavel*) > *scamol* 'banqueta'; DISCUS (celt. *dysc*) > *disc* 'plato'; COCCHLEARE > *cuculer* 'cuchara'; TRULLA (celt. *trull*) > *turl* 'cucharón'; CUPPA > *copp* 'copa'; FURCA (celta *forch*) > 'horca, tenedor'; LABELLUM > *laefel* 'taza'; *POTTUS > *pot* 'vasija, bote'; BUTTIS (celta *both*) > *bytt* 'botella'; MORTARIUM> *mortere* 'mortero'; PISTILUM (celta *pistyll*) > *pilstre* 'mano del mortero'; TRIBULARE> *trifulian* 'triturar, moler'; PILUM > *pil* 'piel [pelo] de la fruta' y *pilian* 'pelar, mondar'; SPORTA > *spyrta* 'espuerta'; PAGELLA > *paegl* 'cubo'; CUPELLA (celt. *cibell*) > *cufel*, *cyfl* 'palangana'; LAVARE > *lafian* 'lavar'; VANNUS > *fann* 'aventadora'; PECTINE (celta *peithyn*) > *pihten* 'peine del telar'; LINEA (celta *lin*) > *lin* 'cuerda'; TABULA (celt. *tafol*) > *teblae*, *tebl*, *taefle* 'juego de dados' (= lat. ALEA)y *teblere* 'jugador' (= lat. ALEATOR); TESSELLA > *tasul*, *tasol* 'dado' (= lat. TESSERA); PIPA (celt. *pib*) > *pipe* 'flauta' y *pipian* 'tocar la flauta'; SALT-ARE > *sealtjan* 'bailar', *sealticge* 'bailarina'; CORTINUS > *cyrtan* 'hermoso'; POENA > *pinian* 'torturar'; PUNGERE > *pyngan* 'pinchar' (y ARANEA > *renge* 'araña'). En el plano fonético no hay nada en ninguna de estas palabras que nos indique que ya existían en anglosajón antes del período británico, aunque alguna pudiera proceder del latín continental, como *disc*, forma documentada en el sajón continental (Pogatscher 1888:217; pero también existe *disc* 'plato' en galés moderno). La mayoría de estas palabras se remontan a una sociedad bilingüe neolatina-anglosajona, la cual debió de existir en Britania durante bastante tiempo, fuera de la Iglesia.

3.1.3. Según la tesis de Wright, antes de la reforma de la Corte de Carlomagno, el latín eclesiástico había participado de todos los cambios fonéticos, y en todo el léxico, ocurridos en el latín hablado fuera de la Iglesia. En su clasificación de las palabras anglosajonas tomadas del latín británico, Kastovsky (1992:307) distinguió dos períodos principales. El primero correspondía al asentamiento de los anglosajones en Inglaterra (s. V-VI, o mediados del VII), y los préstamos procedían del latín hablado popular (o "Vulgar Latin"). En el segundo período (después del año 600/650) los préstamos venían del latín eclesiástico, o de los monasterios, por vía escrita u oral, advirtiendo Kastovsky que el latín hablado en los monasterios de Inglaterra no era, exactamente, el clásico puro ("the pure Classical variety"). En apoyo de Kastovsky podríamos mencionar las formas siguientes, que aparecen como formas latinas en diccionarios latino-anglosajones del s. VIII (Sweet 1978:1, 12-13, 29 y 61): *mantega* < MANTICA, *bagula* < (RE)PAGULA (Pheifer 1974:67) y *cuba* < CUPA. Alcuino vivió en la segunda mitad del s. VIII, y tal vez entonces el "habla ladina" era propia únicamente de los eclesiásticos y de algunos nobles anglosajones que hubieran aprendido latín en los monasterios. En tal caso, una de sus características sería la sonorización de /p, t, k/ intervocálicas. Si a consecuencia de la reforma carolingia las letras *p*, *t* y *c*, en posición intervocálica, representaron sistemáticamente los sonidos [p, t, k], y palabras como CUPA, LATINA y LORICA se pronunciaron desde entonces con [p, t, k] intervocálicas, deberían haber sido los clérigos italianos los que enseñaron tal pronunciación a los demás.

3.2. Según Wright (1982:107), en el latín de la Reforma Carolingia el grupo de grafemas {ti} tenía seguramente el valor fonético [ts]; la letra {c}, ante *i*, *e*, en vez de pronunciarse [k], correspondía a [tʃ] (como en anglosajón o en italiano), e incluso a [ts]; en {gi}, {ge}, la consonante era [dʒ] en vez de [g]. La evolución de /tj, kj, ke, ki/ en el latín británico, y también en anglosajón, presenta algunos problemas que prefiero estudiar con más detenimiento en otra ocasión. Por ahora me limito a una breves observaciones.

Entre las inscripciones britano-latinas reunidas por Mann (1971:223), se encuentra *petisionis* (PETITIONIS). Como veremos con relación a los documentos hispano-latinos o hispano-romances primitivos, no existía en el latín de la época del Imperio la posibilidad de distinguir gráficamente el lugar de articulación de las consonantes sibilan-

tes. La forma *petisionis* indica únicamente que la /t/ se había asibilado ante yod.

Wright (1982:100), mencionó que en la poesía latina del período anglosajón, aliteraban los grupos CA y CE: *care*, *certo*; *celsa*, *caritas*. Este hecho no prueba, en absoluto, que la *c* latina se pronunciara [k] ante vocal palatal, pues esta aliteración también se daba en la misma poesía anglosajona. En inglés, la /k/ inicial de palabra, seguida por /e, i/, se palatalizó y asibiló: */kinni/ > ant. *cinn*, mod. *chin*. La oposición fonológica entre /tʃ/ y /k/, ante vocal palatal, no existió hasta que la vocal /ü/ había pasado a /i/: */kunni/ > /künni/ > /künn/ (escrito *cynn*) > /kin/. Anteriormente, el fonema /k/ se realizaba como una consonante velar y una palatal, fuese o no asibilada (no sabemos cuándo comenzó la asibilación), lo cual permitió que en la poesía anglosajona se diera la aliteración de C ante vocal palatal o no palatal (Lass y Anderson 1975:139-140). En los latinismos del anglosajón conservados en inglés moderno, el fonema /k/ ante vocal palatal dio el mismo resultado que en las palabras de origen germánico: CISTA > ant. *cest*, mod. *chest*; PICEM > ant. *pic*, mod. *pitch*; COQUINA > ant. *cycene*, mod. *kitchen*. Pero en un glosario de comienzos del s. VIII, procedente de Northumbria (la región natal de Alcuino), se da como anglosajona la palabra *merze* (< lat. MERCEM), la cual aparece bajo la forma *mertze* en otro glosario de fines del s. VIII o comienzos del IX (Sweet 1978:60-61). Dada la escasez de datos, y la dificultad en la interpretación de las grafías, no podemos saber cuál sería la pronunciación "normal" de Alcuino en los grupos latinos /ke, ki/. Tal vez fuese la misma que en anglosajón, como sugirió Wright. En tal caso, Alcuino habría coincidido con los italianos, si realmente por entonces el resultado anglosajón de /ke, ki/ era /tʃ/, una africada prepalatal sibilante. Pero tal vez no lo era todavía, y esta consonante pudo haber sido una africada medio palatal, como sugirieron Lass y Anderson (1975:131-32). De todos modos, este hecho no tuvo al parecer mucha importancia, y cada uno siguió pronunciando /ke, ki/ latinas según su región de origen. Según Wright (1982:130), en la Canción de Eulalia la grafía *c*, ante vocal palatal, representa el fonema galorromance /ts/, lo cual indica que en el latín eclesiástico de Francia esta grafía también representaba /ts/ ante vocal palatal.

3.2.1. En el latín eclesiástico de la Reforma Carolingia, según Wright, la grafía *g*, ante vocal palatal, tenía el valor de [dʒ]. Que yo sepa, no hay modo alguno de probar que en la evolución francesa de /g/ latina ante vocal palatal, cuyo primer resultado fonético hubo de ser una oclusiva palatal, esta consonante ya hubiera cambiado a una africada

prepalatal sibilante en la segunda mitad del s. VIII. En anglosajón, el fonema germánico /g/ evolucionó a /j/ ante vocal palatal: GEARD > inglés *yard*. Si en el latín eclesiástico carolingio la letra *g* tenía el valor de [dʒ], como dijo Wright, es muy improbable que Alcuino hubiera sido el promotor de tal pronunciación.

3.3. Según Wright (1982:105-106), como consecuencia de la Reforma Carolingia cada fonema vocálico se representó por un solo grafema, y viceversa. Las letras A, E, I, O, U correspondían a /a, e, i, o, u/ ([a, e, i, o, u]), independientemente de que en el latín clásico la vocal fuera larga o breve[5]. Entre los dialectos neolatinos contemporáneos, solamente en el corso meridional, en el sardo y en el sur de Italia encontramos este sistema vocálico.

3.3.1. En las inscripciones británico-latinas (Jackson 1953:191-93; Mann 1972; Rivet y Smith 1979:24-29; Thomas 1981:78-79), aparecen varios casos de confusiones de las vocales *e* ~ *i*, *o* ~ *u*, tónicas o átonas: *baselicam* (BASILICAM); *Felicessemus* (FELICISSIMUS); *ella* (ILLA); *condedit* (CONDIDIT); *perdedit* (PERDIDIT); *nomena* (NOMINA); *emereto* (EMERITO); *tris* (TRES); *it* (ET); *simper* (SEMPER); *iacit* (IACET); *ficerunt* (FECERUNT); *Valirius* (VALERIUS); *milis* (MILES); *sicreta* (SECRETA); *dio* (DEO); *die* (DEAE); *equis* (EQUES); *Astor*[um] (ASTURUM); *Iovenalis* (IUVENALIS); *nepus*, *nipus* (NEPOS); *nudente* (NODENTE); *Rostece* (RUSTICAE); *servatur* (SERVATOR). En alguna ocasión se pierde la vocal átona: *mintla* (MENTULA). Basándonos en estas grafías podríamos suponer que en el latín popular de Britania se habían confundido las vocales palatales y las velares, pero el testimonio del celta británico y del anglosajón indican que, al menos con las vocales tónicas, la distinción fonológica se mantuvo durante algún tiempo, a pesar de las confusiones gráficas que acabamos de ver[6].

---

5 Seguida por vocal, la I tenía el valor de [j], según Wright (1982:105). En francés, la I (o J) inicial latina seguida de vocal, tuvo la misma evolución que la G, ante vocal palatal: IACERE > fr. ant. *gesir*, IACTARE > fr. ant. *geter*, mod. *jeter*, *ieniperu* > *genièvre*, IOCU > *jeu*, IURARE > *jurer*, etc. ¿Cómo se pronunciaban estas palabras en el latín eclesiástico carolingio?

6 No conozco ningún estudio comparativo de la vocales latinas en el léxico del celta británico y del anglosajón. Por lo que he podido observar, los expertos en la historia de la lengua inglesa, al tratar de los latinismos del anglosajón, se desentienden del testimonio del celta británico. A juzgar por el título de su obra, Jackson (1953) debería haber prestado más atención a los latinismos del anglosajón (y haber sido más exhaustivo respecto a las incripciones latinas de Britania), pero su interés principal estaba en el celta, no en el latín británico.
En la segunda mitad del s. X, con la Reforma Benedictina, entraron en anglosajón

3.3.2. La evolución de la /ē/ tónica latina en el celta británico fue muy similar a la del francés (Jackson 1953:330-335). El primer resultado fue el diptongo *ei* y luego *oi*, etapa conservada en el antiguo córnico. En bretón, *oi* pasó a *oe*, *ue*, *oa*; en el galés moderno, [wí] (escrito *wy*): CATĒNA > *cadwyn*, MĒNSA > *mwys*, PARĒTEM > *parwyd*, PĒSUM > *pwis*; RĒTEM > *rhwyd*, etc. La diptongación de la /ē/ tónica también tuvo lugar en el latín británico. En una inscripción británico-latina de mediados del s. VI (Jackson 1953:192), se da la forma *tris* (< TRĒS); en los diccionarios latino-anglosajones del s. VIII, como palabras latinas (Sweet 1978:5, 7, 10 y 17), encontramos *accitum* (ACCĒTUM), *alcido* (ALCĒDO) y *bucitum* (BUCĒTUM). En los cuatro casos, la grafía *i* representa seguramente el diptongo [ęɪ̯].

En anglosajón, como en las demás lenguas germánicas, el acento de intensidad caía normalmente sobre la primera sílaba de la palabra. En los latinismos, el acento se desplazó a la primera en palabras que en latín no se acentuaban en esta sílaba (Campbell 1959:200). Para determinar en los latinismos del anglosajón cuál sería la pronunciación latina (y evitarme explicaciones innecesarias que conciernen únicamente a la fonología histórica anglosajona), es preferible basarse únicamente en palabras latinas acentuadas en la primera sílaba. La /ē/ tónica latina pasó generalmente a /í:/ (Pogatscher 1888:85-86; Campbell 1959:203): CLĒRIC-US > *cliroc* 'clérigo'; CĒPA > *cipe* 'cebolla'; MĒ(N)SA > *mise* 'mesa'; POENA, PĒNA > *pin*(-ung) 'tormento', *pin*[-ian] 'castigar'; PĒNSUM > *pis*(-lig) 'pesado'; PĒNSILIS > *pisle*; SĒDICA > *syric*; SĒTA > *side*; TĒGULA > *tigle*; SĒQUĂNA > *Sigen* (el río Sena, en Francia). De estas palabras, probablemente algunas entraron en anglosajón antes del período británico (*syric*) o posteriormente desde las Galias (*Sigen*). En todas ellas, el diptongo [ęɪ̯] del latín popular de Britania (y de las Galias), inexistente en anglosajón, pasó a /í:/ por similaridad acústica.

3.3.3. En el celta británico, la /ĕ/ tónica latina se conserva como /e/, con tendencia a abrirse ante /r/ implosiva (Jackson 1953:278-82): PĔTO > *ped-i*, PORCĔLLUS > *porchell*, MĔDICUS > *meddyg*, CATHĔDRA > *cadeir* y *cadar*, PATĔRNUS > *Padern* y *Padarn* (Jackson 1953:278-82). El primer resultado de la /ĭ/ tónica latina fue probablemente una vocal alta, central, no labializada, la cual pasó a [e] en córnico y en bretón, seguramente a través de la etapa [ę]. La evolución fue distinta en galés, y el resultado más frecuente de la /ĭ/ tónica latina, en este di-

numerosas palabras procedentes del latín eclesiástico carolingio. De ellas me ocupo más adelante. En esta sección dio ejemplos únicamente de latinismos anteriores a la Reforma Benedictina.

alecto, es una [i] abierta, escrita modernamente *y*: CAPĬSTRUM > *cebystr*, CĬPPUS > *cyff*; CĬRCUS > *cyrch*; DĬSCUS > *dysc*; FĬDEM > *fydd*; FĬRMUS > *fyrf*; PĬCEM > *pyg*; PĬSUM > *pys*, etc. Existen algunas excepciones en galés. Por influjo metafónico de la /a/ final de palabra, la /ĭ/ tónica dio [e]: SĬGNUM > *swyn*, LĬGNUM > *llwuyn*, VĬGĬLIA > *gwyn* (irlandés *feile*), CORRĬGIA > *carrei* (Jackson 1953:282-87 y 462).

En los latinismos del anglosajón, la /ĕ/ tónica latina pasó a /e/ breve (Campbell 1959:202): FĔBRIS > *fefer*; LĔNTEM > *lent*, MĔRCEM > *merze*; ĔRUA > **erfe* > *earfe*; ĔBULUM > **efole* > *eofole*[7]. La /ĭ/ tónica latina dio /i/ o /e/ breves (Pogatscher 1888:61-69; Campbell 1959:201-202): CĬPPUS > *cipp*; DĬSCUS > *disc*; PĬCEM > *pic*; PĬLUM > *pil*; PĬSUM > *pise* ~ *piose*; CĬSTA > *cest*; PĬRUM > *peru* 'pera'; *PĬREA > *pirge* (la letra *g* representaba [j] en anglosajón) 'peral'; SĬGNUM > *segn*; TRĬPĔDEM > *trefet*; ĬNULA > **enola* > *eonole*. La diferencia entre *peru* 'pera' (< PĬRUM) y *pirge* 'peral' (*PĬREA) se debe seguramente al influjo de la yod (Pogatscher 1888:78). Tradicionalmente se ha supuesto que las formas que ofrecen /i/ anglosajona para la /ĭ/ latina entraron en anglosajón antes del período británico (Pogatscher 1888:61-69; Serjeantson 1935:290; Kastovsky 1992:303). En apoyo de este criterio podríamos mencionar dos inscripciones británico-latinas del siglo III, una del año 222 y otra posterior, en las que la letra *e* corresponde al fonema /ĭ/ del latín clásico (Rivet y Smith 1979:26): *baselicam* (BASĬLĬCAM), *Felicessemus* (FELICĬSSĬMUS). No obstante, el resultado más frecuente de la /ĭ/ latina, en galés moderno, es una [ĭ] abierta. Todo cambio fonético comienza en un individuo o grupo de individuos y luego puede (o no) extenderse gradualmente, palabra por palabra, al resto de la comunidad lingüística. Las formas *baselicam* y *Felicessemus* indican que la /ĭ/ latina tendía a abrirse, a principios del s. III, pero estas formas no prueban necesariamente que el cambio fonético se hubiese ya extendido a todo el léxico y a toda la comunidad lingüística. Si realmente la abertura de la /ĭ/ hubiera sido un fenómeno general a comienzos del s. III, el galés no debería conservar tantos casos de la /ĭ/ latina, pronunciada como [ĭ] abierta. El paso de la /ĭ/ a [ę], en el latín británico, tardó tiempo en cumplirse. La forma anglosajona *disc*, documentada en el Bajo Alemán medieval (Pogatscher 1888:217), seguramente entró en anglosajón antes del período británico, y probablemente algunas más, pero no podemos estar totalmente seguros de que todos los casos de /i/ anglosajona correspondiente a la /ĭ/ tónica latina hubieran venido del continente euro-

7 En anglosajón existió la forma *pihten* 'peine del telar', y en galés tenemos *peithyn* (< PECTINE). Por equivalencia acústica, el diptongo *ei* pasó a /i/ en anglosajón.

peo[8]. De todos modos, en el transcurso del tiempo y de un modo sistemático, la /ĭ/ latina, tónica o átona, evolucionó a [ẹ] (> [e]) en el latín popular de Britania, como también en el celta córnico y en bretón, confundiéndose además con la /ĕ/ latina. En los diccionarios latino-anglosajones del s. VIII, como palabras latinas, encontramos varios casos de la letra {e} correspondiente a la /ĭ/ latina, e incluso algún ejemplo de {i} para la /ĕ/: (Sweet 1978:1, 4, 6, 40, 52, 53, 56, 61, 66 y 74-76): *ascella* (AXĬLLA), *argella* (ARGĬLLA), *fringella* (FRINGĬLLA), *lembum* (LĬMBUS), *legula* (LĬGULA), *mantega* (MANTĬCA), *obtenuit* (OBTĬNUIT), *pastellus* (PASTĬLLUS), *fiscilla* (FISCĔLLA), *isca* (ĔSCA), *platisa* (PLATĔSSA).

3.3.4. En el celta británico, la /ō/ tónica latina evolucionó normalmente a [ü], escrito {u} (Jackson 1953:305-308): suf. -ŌSUS > *-us*; FŌRMA > *furf*; SCŌPA > *ysgub*; LABŌREM > *lafur*, DOLŌREM > *dolur*. Seguramente las etapas intermedias fueron [ọ:] > [ọu̯] > [u:] > [ü:]. En los latinismos antiguos del anglosajón, son muy escasos los ejemplos de /ō/ tónica en la primera sílaba (Pogatscher 1888:111-112). Según Campbell (1959:203), el resultado normal en anglosajón fue /ú:/, pero los únicos ejemplos que ofrece (no hay otros) son *Rūm-* < RŌMA y *mūr-* < MŌRUM. En textos anglosajones, la ciudad de Roma aparece siempre bajo la forma *Rōme*; lo mismo ocurre con el adjetivo *rōmanisc* (ASD, 1:801). Siendo la capital del Imperio Romano, es muy probable que este topónimo entrara en anglosajón en el período continental (o prebritánico). En anglosajón existió la palabra compuesta *Rōm-wealh* ~ *Rūm-wealh* "los romano-galeses" (ASD, 1:802). En un diccionario latino-anglosajón, como palabra latina (Sweet 1978:63), se da la forma *murus* (MŌRUM); en textos anglosajones (ASD, 2:643) encontramos *murer*, *mur-beam* y *mur-berien* (> ingl. mod. 'mulberry'). Muy probablemente, en el latín popular de Britania (como en el de las Galias), la diptongación de la /ō/ tónica latina comenzó más tarde que la de la /ē/. Cuando los anglosajones llegaron a Britania, todavía no había comenzado la diptongación. La forma *Rōm-wealh* era anterior a *Rūm-wealh*. En el latín británico la /ō/ tónica latina evolucionó a [ọu̯], pero no tenemos

8 Cabe la posibilidad de que algunas palabras con /i/ en anglosajón procedan directamente no del latín continental británico, sino del galés. No obstante, y considerando el hecho de que la contribución del celta británico al léxico anglosajón fue insignificante, no creo que podamos recurrir al celta británico como la principal como la principal fuente de los latinismos del anglosajón. Como indicamos más adelante, en el latín británico culto o eclesiástico la /i/ breve latina no pasó a /e/. Pudiera ser que algún caso de /i/ anglosajona correspondiente a la /i/ breve latina proceda del latín británico eclesiástico.

modo alguno de saber si llegó también a la etapa [u:], como en el celta británico, puesto que el diptongo [ǫu̯], por equivalencia acústica, habría pasado a /u:/ en anglosajón.

3.3.5. En el celta británico, la evolución de las vocales tónicas latinas /ŏ/ y /ū/ fue paralela a la de /ĭ/ y /ĕ/. La /ŏ/ dio /o/ en todos los dialectos. En córnico y bretón, la /ŭ/ también dio /o/ (seguramente a través de la etapa [ǫ]), pero en galés el resultado normal es [u] abierta, escrita *w* (Jackson 1953:274): FŬRNUS > *fwrn*, SATŬRNUS > *sadwrn*, PLŬMBUM > *plwm*, PŬTER > *pwdr*, etc. En las formas galesas *torf* (< TŬRMA) y *forch* (< FŬRCA) hubo seguramente influjo metafónico de la /a/ final.

En los latinismo antiguos del anglosajón, la /ŏ/ tónica latina dio /o/ breve (Campbell 1959:202). La /ŭ/ tuvo tres resultados distintos (Pogatscher 1888:94-101 y 123-41; Serjantson 1935:271-90; Campbell 1959:201-202; Kastovsky 1992:302-303): (a) MŬSTUM > *must*, CŬLTER > *culter*, CŬPPA > *cupp*, FŬLLO > *fullere*, TRŬLLA > *turl*; (b) BŬXUS > lat. brit. *[boxs] > *box* [boks] (Campbell 1959:170); CŬPPA > *copp*, FŬRCA > *forca*, ŬRCA > *orc*, STRŬPPUS > *stropp*; TŬRREM > *torr*; (c) PŬTEUS > **putti* > *pytt*(e); ŬNCIA > *ynce*, *yntse*; CŬLLEUS > *cyll*, CŬRT-US > *cyrtan* 'acortar' (< **curt-jan*); PŬNGERE > *pyngan* 'pinchar' (< **pung-jan*). En las formas del grupo (c), hubo palatalización de la /ŭ/ latina por influjo de la yod. Tradicionalmente se ha creído que las formas del grupo (a) entraron en anglosajón en el período prebritánico, por ofrecer /u/ breve (Pogastcher 1888:94-101; Serjantson 1935:290; Kastovsky 1992:302-303), pero este criterio no sirve para mucho. En el latín popular postclásico, la abertura de la /ĭ/ ocurrió antes que la de /ŭ/ (Väänänen 1967:36-37). Rivet y Smith (1979:355-57) trajeron a colación la forma toponímica *Eboracum* (ingl. mod. York), que ya aparece en Ptolomeo (s. I), como ejemplo de abertura de la /ŭ/ latina, suponiendo que venía de una forma prelatina ***Ebŭrācum**. Pero no hay modo alguno de probar que su forma originaria fuese esta, y no ***Ebŏrācum**, puesto que no sólo en Ptolomeo, sino también en los autores latinos y en la inscripciones británico-latinas, las formas con *Ebo-* son anteriores y muchísimo más frecuentes que las que empiezan con *Ebu-*. Mann (1971:221) recogió algunos casos de variación gráfica {o} ~ {u} correspondientes a los fonemas latinos /ŏ/ y /ŭ/, pero desafortunadamente no especificó de qué siglos proceden. En las inscripciones latinas estudiadas por Thomas (1981:79), del a. 450 al 550 aproximadamente, se dan las formas *nipus* < NĔPOS y *Rostece* RŬSTĬCAE); Jackson (1953:191-92) menciona *nepus* (principio del s.

VI), *servatur* < SERVĀTOR (principios o mediados del VI), *emereto* < EMĔRĬTUS y (*c*)*onsobrino* < CONSŌBRĪNUS (s. V). En las dos últimas formas se había perdido la /-s/ final. Teniendo en cuenta que en galés se ha conservado sistemáticamente el timbre de la /ŭ/ tónica latina, excepto en un par de casos explicables por influjo metafónico de la /a/ final de palabra, es probable que a comienzos del s. V, cuando las legiones romanas se marcharon de Britania, la abertura de la /ŭ/ latina, especialmente si era tónica, se encontrara en un estado incipiente.

Lo acabado de decir no implica, en absoluto, que todas las formas de los grupos (a) y (c) procedan del latín británico (las del (b) sí tienen esta procedencia). Por su forma fonética o por su documentación antigua en otras lenguas germánicas (Pogatscher 1888:217; Frings 1957:24-27), *pytt* y *culter* entraron seguramente en anglosajón antes del período británico. Tal vez tengan el mismo origen alguna otra forma de los grupos (a) y (b). Pero en el transcurso del tiempo en el latín británico, como en el celta córnico y el bretón, los fonemas latinos /ŏ/ y /ŭ/ confluyeron en un mismo resultado. Esta confusión se refleja en algunas formas, clasificadas como latinas, que aparecen en diccionarios latino-anglosajones del s. VIII (Sweet 1978:20, 25, 29, 58, 61, 74, 90 y 95): *cospis* (CŬSPIS), *morgit* (< MŬLGET), *tonica* (TŬNĬCA), *crucus* (CRŎCUS), *pullis* (PŎLLIS). Según la tesis de Wright, en Britania no debería haber habido ninguna diferencia de pronunciación entre el latín eclesiástico y el no eclesiástico. Consecuentemente, deberíamos de suponer que la pronunciación latina de Alcuino de York sería bastante distinta de la del latín eclesiástico carolingio, en cuanto al sistema vocálico. En tal caso, no parece muy probable que Alcuino pudiera haber influido mucho en el sistema grafo-fonológico del latín eclesiástico carolingio, en el cual las letras {a}, {e}, {i}, {o} y {u} representaban respectivamente un sólo fonema, y viceversa, como en el latín clásico y en las mismas palabras, excepto que ya no había diferencia de duración.

3.4. La tesis de Wright sobre los orígenes de la pronunciación del latín eclesiástico carolingio no parece acertada en absoluto. Según esta tesis (Wright 1982:99), los monjes anglosajones se inventaron una "pronunciación" latina puesto que en el s. VI, ya nadie hablaba latín en Britania. Esto no es cierto. Durante todo el período anglosajón existió el latín hablado, el *laeden-spraec*. Inicialmente el latín británico se habló fuera y dentro de la Iglesia. No sabemos cuándo cesó de existir el latín hablado no eclesiástico, pero el eclesiático nunca dejó de hablarse. Anteriormente (§ 1.3) indiqué que si realmente los anglosajones se hubieran "inventado" una pronunciación latina basándose únicamente en textos

escritos, el sistema fonológico del latín anglosajón tendría que ser el mismo que el germánico anglosajón, y las palabras de cualquier origen habrían tenido la misma evolución, puesto que, según la tesis de Wright, los cambios fonéticos ocurridos fuera de la Iglesia también se habrían dado dentro de ella. En anglosajón, el acento de intensidad caía sistemáticamente sobre la primera sílaba. Las palabras latinas CŬLĪNA, LATĪN-US, PĬSUM, ĬNŬLA y ĔBŬLUM dieron *kylene*, *laeden* ~ *leden*, *pise* ~ *piose*, *eonole* y *eofole* en el anglosajón antiguo, participando de cambios fonéticos ocurridos en la época británica, pero antes de la época de Alcuino (Campbell 1959:cap. V). En las dos primeras palabras, y dejando a una lado la sonorización de la /t/ intervocálica (fenómeno que no ocurrió en anglosajón), la /ī/ tónica latina pasó primeramente a /i/ inacentuada en anglosajón, palatalizando o condicionando la diptongación de las vocales iniciales ("front umlaut"); posteriormente, la vocal de la segunda sílaba pasó a /e/. En las tres palabras restantes, la diptongación de la vocal inicial fue condicionada por la vocal velar de la sílaba siguiente ("back umlaut"), y luego la vocal velar dio /e/. Según Wright (1982:98-103) el maestro de Alcuino fue otro monje británico, Alberto, quien había aprendido latín de Egberto, un discípulo de Beda (el Venerable), cuyo maestro fue Ceolfrith. Si los anglosajones se hubieran inventado una pronunciación latina en el s. VI, y si la pronunciación de Alcuino era heredera directa de tal pronunciación, esta habría resultado ininteligible para los clérigos franceses, españoles e italianos, congregados en la Corte de Carlomagno. Si pudieron comunicarse, fue porque todos ellos hablaban previamente un latín muy similar, al cual deberíamos llamar "latín eclesiástico medieval", no reformado, pues sus hablantes eran eclesiásticos y vivían en la Edad Media.

3.4.1. La tesis de Wright sobre los orígenes del latín eclesiástico medieval es, sencillamente, errónea, lo cual no implica que anduviera muy descaminado respecto a la pronunciación del latín eclesiástico carolingio. En realidad, donde mejor podemos estudiar sus características es, precisamente, en un nutrido grupo de palabras anglosajonas tomadas del latín eclesiástico carolingio.

Como resultado de la Reforma Benedictina, en la segunda mitad del s. X se introdujo en Inglaterra la letra carolina francesa, abandonándose la Escritura Insular tradicional. Simultáneamente, en el anglosajón tardío entraron numerosas palabras relativas generalmente al mundo eclesiástico o científico, y algunas también a la vida material, venidas de Francia, las cuales desplazaron en ocasiones a latinismos anteriores (Pogatscher 1888:60, 92-96 y 112; Campbell 1959:214-219). En présta-

mos del latín británico, CLĒRICUS, SCHŎLA, CŬPPA, LACTŪCA y TRACTUS ~ TRACTARE habían dado *clīroc*, *scŏlu* (con [ó] breve; cf. galés *yscol*), *cŏp*, *leahtric*, *traht* ~ *traht-ung* , *traht-ere* ~ *traeht-ere* y *traht-jan* en el anglosajón antiguo. De estas mismas palabras, pero a través del latín eclesiástico carolingio, o reformado, entraron en el anglosajón tardío las formas *cleric* [klérik] (mod. 'cleric'), *scōl* [skó:l] (mod. *school*), *cuppe* (mod. *cup*), *lactuca* y *tract-ere*. Del latín británico LATIN-US procedía la forma anglosajona *laeden* ~ *leden* (celta británico *ladin* ~ *lladin*), la cual fue desplazada por *latin* (ingl. mod. *Latin*), tomada del latín carolingio LATIN-US. También procedían de las Galias, generalmente a través del latín carolingio: *rĕgol* (con /e/ breve), RĒGULA; *crēda*, CRĒDO; *cēder*, CĔDRUS; *mēter*, MĔTRUM; *nōn* (mod. *noon*; galés *nawn*: Jackson 1953:307); *nōte*, NŎTA; *stōle*, STŎLA; *cōc* (mod. *cook*), CŎQUUS ~ CŎCUS; *crūc* ~ *crūce*, CRŬCE; *lilie* (con /i/ breve; mod. *lily*), LĪLĬUM; *cĭtere* (con /i/ breve), CĬTHĂRA; *tunice* (con /u/ breve), TŬNĬCA; *prōf-jan* (mod. *proof*), PRŎB-ĀRE; *dracentse* ~ *draconze*, DRACONTEA. A juzgar por estos préstamos, en el latín eclesiástico carolingio, o del norte de las Galias, no se sonorizaban las oclusivas sordas intervocálicas, se conservaba el grupo [-kt-] y el grupo /tj/ se asibilaba. La /ē/ y /ō/ tónicas ya no se pronunciaban [ɐɪ̯] y [ɒʊ̯], y se conservaba el timbre de las vocales tónicas latinas, pero la diferencia de duración de las vocales no tenía nada que ver con el latín clásico. En palabras de dos sílabas, para los oídos anglosajones la vocal acentuada era larga en sílaba abierta. En palabras proparoxítonas, la vocal larga del latín clásico tendía a pronunciarse breve; en *prōf-jan*, la vocal larga corresponde a las formas bisílabas de PRŎB-ĀRE (Campbell 1959:216). Esta es aproximadamente la pronunciación del latín eclesiástico carolingio propuesta por Wright (1982:105-106), excepto que Wright no se planteó la cuestión de la duración de las vocales según la estructura silábica. Pero esta pronunciación no pasó de Inglaterra a Francia, sino más bien a la inversa.

4. Latín eclesiástico y romance

Wright (1988:x) sacó a colación la supervivencia del árabe clásico en la recitación del Corán, junto a dialectos árabes fonéticamente distintos, pero procedentes del árabe medieval y usados en la vida ordinaria (o no religiosa). A Wright le pareció muy improbable que algo similar hubiera ocurrido en el latín posterior a la época del Imperio Romano. En un momento de su historia, la pronunciación del árabe era la misma, fuera y dentro de la mezquita, aunque había seguramente diferencias regionales. Luego hubo una serie de cambios fonéticos que afectaron

únicamente a la lengua árabe usada en la vida ordinaria. ¿Por qué no pudo haber ocurrido lo mismo en el latín eclesiástico? Si los escribas de los siglos V-VIII escribían las palabras según la ortografía latina, pero las pronunciaban de un modo bien distinto al final de la época del Imperio (Wright 1982:x-xi), ¿cómo podemos saber que habían ocurrido tales cambios fonéticos? Wright (1982:45-98) mencionó el testimonio de varios gramáticos latinos de los siglos I-VIII, procedentes generalmente del norte de África y de Italia, los cuales observaron algunos cambios fonéticos del latín de su tiempo y de su región. Todo esto carece de importancia. También los gramáticos árabes medievales mencionaron cambios de pronunciación en el árabe de entonces, los cuales se reflejan a veces en los documentos antiguos, pero que no se extendieron al árabe clásico, al usado en la recitación del Corán (Cantineau 1941).

4.1. Los cambios lingüísticos son posibles, pero *no* obligatorios. Pueden suceder en una lengua pero no en otra, en un dialecto o variante de una lengua pero no en otro. Dentro de una misma región puede haber variación según los grupos sociales, y este factor deberíamos tenerlo siempre en cuenta al especular sobre la evolución de las lenguas en el pasado. Es cierto que si dentro de un mismo territorio conviven dos grupos sociales diferenciados en algún o algunos rasgos fonológicos, un grupo puede influir sobre otro a través del léxico, y viceversa. Pero tampoco hay obligación alguna de que esto ocurra, como podemos ver en el testimonio del árabe. En su reseña del libro de Wright, a Löfsted (1983) le pareció muy improbable que en el latín eclesiástico anterior a la supuesta Reforma Carolingia, la pronunciación fuese la misma que la existente fuera de la Iglesia. Indicó que inicialmente hubo una sola ortografía, pero dos pronunciaciones distintas, según que el texto fuese leído dentro o fuera de la Iglesia. Pero ambos sistemas no existían aislados, y formas de origen popular podían entrar en el latín eclesiástico o culto, y viceversa. En un momento determinado, y a semejanza de lo sucedido con el árabe, el latín eclesiástico de algunas regiones de la Romania no compartió cambios fonológicos que se daban en el latín no eclesiástico.

La cuestión de distintos códigos lingüísticos que existen en contacto está relacionada con la de formas distintas procedentes de una misma palabra. Del lat. REGULA tenemos dos resultados en español, *regla* y *reja*. En un documento original del año 978, procedente de la comarca de Burgos, encontramos el texto siguiente (CC, 11): "Ego Hapaz presbiter abbate trado ad ista *regula* sancti Clementi ..... XX .... aszatas, et secures, et *relias*; et V porcos". Como puede observarse, la forma *regula* significa 'regla de monasterio'; *relias* equivale modernamente a 'rejas del

arado'. Este documento antecede, en más de un siglo, el comienzo del supuesto influjo cluniacense sobre los notarios castellanos. Según la tesis de Wright, la escritura y la pronunciación deberían de haber sido las mismas, pero no lo eran. Los filólogos modernos saben que las formas *regla* y *reja* tienen el mismo origen latino. En Castilla, un monje o un notario del s. X carecía de tales conocimientos. Tenían pronunciaciones distintas, y las escribió distintamente. La lengua oral antecede siempre a la lengua escrita. En el léxico existía una palabra de origen popular, con el significado actual de 'reja del arado'. También existía otra palabra de origen eclesiástico-culto, con el significado de 'regla de monasterio'. Los notarios castellanos del s. X, antes de aprender a escribir en un monasterio, aprendían el romance popular de su época. Seguramente, el autor de este documento aprendió el resultado popular de REGULA antes que el culto. Esto no quiere decir, en absoluto, que hubiera aprendido el resultado culto dentro del monasterio. Muy probablemente, este resultado había pasado previamente al léxico de toda la comunidad lingüística. En el monasterio, el futuro notario supo que el significado "regla de monasterio" se escribía *regula*. Por otro lado, el significado "regla del arado", cuya pronunciación era distinta, contenía en el centro de la palabra una lateral predorso-palatal, la cual se escribía normalmente *li* como veremos más adelante. Por consiguiente, escribió *relías*.

4.1.1. En otro documento original de 993, venido de la comarca de la Bureba (al nordeste de Burgos), encontramos dos formas distintas procedentes de la misma palabra latina, pero con el mismo significado (CO, 1:10): "*Ego* Obieco, ... *ego io* Obieco, ... *ego io* Obieco, ... *Ego* Obieco..". Los documentos notariales castellanos del siglo X hasta el primer tercio del XIII, comienzan y terminan con fórmulas latinas, pero en el texto intermedio pueden aparecer formas no latinas. Al principio y al final del documento, encontramos únicamente *Ego* (Obieco). Según consta al final del documento, el escriba fue Didaco, quien lo redactó en primera persona (en nombre de Obieco), y lo leyó después ante el público. Dentro de la tesis de Wright, si la palabra latina EGO hubiera dado un solo y único resultado, en toda la comunidad lingüística (incluidos los eclesiásticos), esta palabra se habría escrito *ego* en todo el documento, y ante el público el notario habría pronunciado [jó]. En realidad, de haber existido una sola forma procedente de EGO, el pleonasmo *ego io* habría resultado sencillamente imposible. Pero existían dos resultados, uno popular (*io*) y otro eclesiástico-culto (*ego*[9]). Puesto que el documento

9 Como ejemplo de conservadurismo en el lenguaje religioso, en el plano sintáctico y morfológico, puedo mencionar un par de frases del padrenuestro que aprendí en mi

estaba escrito en primera persona, y tenían que leerlo ante los testigos, en el texto central y por énfasis los notarios crearon un pleonasmo[10], poniendo una junta a otra la variante eclesiástica-culta y la popular del pronombre de primera persona singular. Por supuesto, el público a quien iba dirigido el documento entendía perfectamente la expresión *ego io*.

La historia de REGULA y EGO en el norte de la Península Ibérica, según se refleja en los documentos medievales, prueba la existencia de dos grupos sociolingüísticos, uno popular y otro eclesiástico-culto. El escriba conocía ambos grupos y podía reflejar, a través del léxico, los resultados autóctonos de las mismas palabras latinas en uno y otro grupo, tuviesen o no el mismo significado.

4.2. Con vimos anteriormente (§ 1.4 y 1.6), en el latín británico se sonorizaron los fonemas /p, t, k/ en posición intervocálica, hecho que se refleja a veces en las inscripciones británico-latinas y más frecuentemente en los latinismos del anglosajón. En el latín popular de Britania se confundieron los fonemas latinos /ĭ/ y /ĕ/, /ŭ/ y /ŏ/. En inscripciones latinas hay ejemplos de abertura de /ĭ/ desde comienzos del s. III; los de /ŭ/ son posteriores. Entre los latinimos del anglosajón, hay ejemplos abundantes de confusión fonológica de /ĭ/ y /ĕ/, /ŭ/ y /ŏ/. Pero en el sistema grafo-fonológico del anglosajón, las letras latinas E, I, O, U, se utilizaron únicamente con los valores respectivos de /e, i, o, u/; las letras P, T y C, entre vocales, representaban únicamente consonantes sordas (Campbell 1959:12-23). Consciente de las diferencias existentes entre los latinismos del anglosajón y su sistema grafo-fonológico, Campbell creyó que al adoptar en Britania el alfabeto latino, los anglosajones se

niñez (primero en una escuela de monjas, y luego de monjes): "Santificado sea *el tu nombre*; venga a *nos el tu reino*". En ambas se mantiene el uso medieval de colocar el artículo y el posesivo delante del nombre; en la segunda, se conserva la forma pronominal tónica *nos* del castellano medieval, la cual fue substituida por *nosotros* en el castellano moderno.

10 En Castilla, la expresión *ego io* llega hasta fines del s. XI: 'Ego Rodrigo Ossoriz ....., anc *ego io* Rodrigo ..... anc *ego io* Rodrigo ..... ' (a. 1046: CAS, 93); 'Ego Elo Diaz ..... , et *ego io* Elo .." (a. 1086: MS, 310-11). Menéndez Pidal (1968:344) recogió varios casos leoneses de *ego io* en documentos de los s. X y XI. En el LHP (2004:309), de Lapesa, encontramos los ejemplos siguientes: *Ego io* Gondesalbo (a. 962, León); *ego eo* Gogina (a.962; León); *ego io* Zipriano (a. 980; León); et accepimos … *ego io* Obieco at Oddesenda et Fredenando (a. 993; Castilla); quod *ego eo* Obequo (a. 1001: León); *Ego io* duano Teodaz [3 veces] (a. 1030; León); *Ego yo* Nonito frate (a. 1036; León); *Ego yo* Iohannes abbas (a. 1036; León); Et *ego jo* Otrocia (a. 1055: León); et *ego io* Elo accepimus de uos (a. 1086; Santander); *Ego jo* Horo Micaelliz (a. 1089: León); Et *ego io* Elo accepit de uos … pretium(a. 1096; Santander).

basaron en el sistema tradicional de los gramáticos: "*the model for this system* [el grafo-fonológico] *was clearly the Latin one as preserved in grammatical tradition*" (Campbell 1959:23). A juzgar por el testimonio del historiador británico-romano Gildas (§ 1.4), es muy probable que durante su juventud, hacia el año 500, y en la parte de Britania no controlada por los anglosajones (norte y oeste de Britania), todavía existían escuelas de retórica latina. Pero es muy dudoso que por entonces existieran también en las regiones dominadas por los anglosajones. La expansión anglosajona en Britania se hizo, generalmente, a través de varias campañas militares. Muy probablemente, las primeras instituciones británico-romanas que desaparecieron, como consecuencia de los ataques de los anglosajones, fueron las escuelas de retórica. El sistema grafo-fonológico del anglosajón refleja la pronunciación del latín eclesiástico (o monástico) de Britania en el tiempo en que los anglosajones adoptaron el alfabeto latino. Es decir, los anglosajones aprendieron en los monasterios primeramente el sistema grafo-fonológico del latín litúrgico de Britania, interpretándolo según su propio sistema fonológico, y luego lo adoptaron a la expresión escrita del anglosajón[11]. Al igual que en las Galias y en la Península Ibérica, también en Britania existió un latín popular y un latín culto o eclesiástico.

4.3. El árabe hablado en tiempos de Mahoma no era exactamente el medieval clásico, usado hoy en día en la recitación del Corán. Por ejemplo, los fonemas /f/ y /dʒ/ del árabe clásico proceden de los semíticos /p/ y /g/. Las evoluciones /p/ > /f/ y /g/ > /dʒ/ todavía no se habían cumplido cuando los árabes llegaron a la Península Ibérica, pues estos cambios alcanzaron a algunas palabras hispanolatinas (Torreblanca 1994). Pero posteriormente se estabilizó la pronunciación del árabe coránico, y continuó cambiando el árabe pronunciado fuera de las mezquitas. El árabe clásico del Corán no surgió simultánea e independientemente en todas las regiones del mundo árabohablante. En la evolución /g/ > /dʒ/, el primer resultado fonético fue una oclusiva palatal sonora, la cual se conserva en algunas regiones. Esta consonante evolucionó generalmente a [dʒ], pero en algunas hablas pasó a [j] (Cantineau 1941:71-79). El árabe clásico del Corán se originó seguramente en alguna o algunas

11 Con relación a este punto quisiera hacer hincapié en el hecho de que hasta la segunda mitad del s. X, cuando se extendió la letra carolina a Inglaterra, los documentos latinos o anglosajones de Britania se escribían con la Letra Insular (Insular Script). Hasta esas fechas, no tenemos evidencia alguna de un influjo lingüístico del latín o del romance de las Galias, salvo algunas palabras aisladas que pudieron haber pasado de las Galias a Britania.

regiones (en el Oriente es seguro), y luego se extendió a las restantes.

El latín eclesiástico carolingio ya existía en las Galias antes de la llegada de Alcuino a la Corte de Carlomagno. Este latín no era, por supuesto, el hablado en Roma en la época de Cicerón. Es imposible saber la fecha exacta en que surgió un esfuerzo consciente de separar la pronunciación del latín eclesiástico y del no eclesiástico, pero probablemente dependió del desarrollo de la vida monástica, y estuvo ligado al latín litúrgico. No distinguía las vocales latinas largas de las breves, como sucedía en la época clásica, porque esta distinción se había perdido anteriormente. Anteriormente también, por influjo de la yod o de una vocal palatal, se habían palatalizado algunas consonantes, las cuales se asibilaron después. No participó de la sonorización de las oclusivas sordas intervocálicas, porque este fenómeno nunca se extendió a toda la comunidad lingüística. En el latín clásico, con la posible excepción de la /a/, las vocales largas y breves se distinguían no solamente por la duración sino también por el grado de abertura. Las breves eran más abiertas que las largas (Allen 1978:47-59). En el latín postclásico del continente (pero no en Britania, a juzgar por los datos disponibles), se perdió la diferencia de duración, pero conservándose la de timbre. En el habla culta (y luego en la eclesiástica) de la época postclásica, en las Galias y seguramente en otras regiones, y también en el habla popular del sur de Córcega, de Cerdeña y del sur de Italia, se mantuvo durante algún tiempo esta diferencia de timbre, y posteriormente se confundieron fonológicamente las vocales procedentes de /ī/ e /ĭ/, /ē/ y /ĕ/, /ō/ y /ŏ/, /ū/ y /ŭ/, del latín clásico. Pero en el habla popular de gran parte de Italia, de Francia y de España, se abrieron las vocales procedentes de /ĭ/ y /ŭ/, confundiéndose fonológicamente con /ē/ y /ō/del latín clásico.

4.4. A fines del s. VIII tuvo lugar un Renacimiento cultural en el Imperio de Carlomagno. Una de las tareas fue el establecimiento de un Rito Litúrgico, de unos textos religiosos que sirvieran para todos los lugares del Imperio Carolingio, que por entonces comprendía las Galias, Germania, Suiza y la mitad septentrional de Italia. Es cierto que Alcuino tuvo un papel principal en la selección y preparación de los textos religiosos (lengua *escrita*), pero no existe evidencia documental alguna (la imaginación de Wright no es suficiente), de que Alcuino tuviera algo que "enseñar" o hubiera "enseñado" pronunciación latina a los ilustres obispos reunidos en la Corte de Carlomagno (Wright 1982:104-108), entre los que había algunos que representaban el modelo de pronunciación ítalo-romano (el del Papa de Roma), o que estos le hubieran hecho caso alguno de haberlo intentado Alcuino, o que los ilustres obispos (a su edad

avanzada) fueran capaces de erradicar sus hábitos de pronunciación[12]. En realidad, la pronunciación no pudo ser un problema importante en absoluto, pues de otro modo y en primer lugar, no habría habido comunicación entre los obispos procedentes de países distintos. En el plano lingüístico, Alcuino y sus colegas solamente buscaron que los textos usados en la liturgia fuesen los mismos, y que se utilizasen por todo el Imperio Carolingio. La lectura de estos textos en las ceremonias religiosas dependió del origen de los eclesiásticos. Como el mismo Wright observó (1982:107 y 130), los clérigos franceses siguieron pronunciando la letra {c}, ante *e*, *i*, como /ts/, aunque Alcuino, y los italianos, seguramente la pronunciaba como /tʃ/. Una vez que se había unificado el Rito y los textos litúrgicos en la Corte de Carlomagno, cabía la posibilidad de que la pronunciación del latín eclesiástico se extendiera a otras actividades.

En su estudio de la poesía carolingia, Godman (1985:75-76) rechazó totalmente la tesis de Wright (*it is an absurdity*) sobre la "invención del latín medieval". Para Godman, las raíces de la poesía carolingia se encuentran en el pasado, en una tradición poética latina que aunque cambió en el transcurso del tiempo, mantuvo rasgos tradicionales de índole lingüística. Esto es cierto, pero entre los poetas estudiados por Godman había algunos procedentes de Italia, las Galias y España (Teodulfo), los cuales aprendieron primeramente a hablar un dialecto neolatino popular, antes de aprender el latín eclesiástico (todos eran eclesiásticos) y utilizarlo para componer poesía latina. El objetivo del Renacimiento carolingio fue la universalidad, la fusión de la Religión [la Iglesia de Roma], el Estado [el Imperio Romano-carolingio] y el Saber (Bullough 1966:69-183). Puesto que cualquiera que quisiera aprender a escribir lo tenía que hacer en un centro eclesiástico (un monasterio), la

12 Si una lengua o dialecto influye sobre otra lengua o dialecto en el plano fonológico, lo hace necesariamente a través del léxico. Si entiendo bien la tesis de Wright, Alcuino tendría que haber puesto por escrito, y pronunciado a su manera, un número abundante de palabras para ilustrar cual sería la regla grafo-fonológica. Por supuesto, independientemente de lo que Alcuino pronunciara, los sonidos emitidos por él se interpretarían inicialmente según el sistema fonológico de sus alumnos. A su vez, Alcuino tendría que escuchar lo que pronunciaban sus alumnos, por si necesitaba corregirles de nuevo, y los sonidos emitidos por ellos serían interpretados según el sistema fonológico de Alcuino. Todo ello llevaría un gran tiempo, para cada regla grafo-fonológica. Y esto sería el principio, puesto que los obispos franceses e italianos, una vez que habían "mejorado" su pronunciación bajo la tutela de Alcuino, se irían por las provincias divulgando la "nueva" pronunciación latina. No creo que valga la pena devanarse los sesos con todo esto, puesto que Alcuino no enseñó pronunciación latina a nadie. Cabe la posibilidad, por supuesto, que rodeado de varios colegas que distinguían /f/ de /v/, Alcuino hubiese "mejorado" su pronunciación aprendiendo esta distinción. Pero, ¿quién sabe? A cierta edad es sumamente difícil cambiar los hábitos de pronunciación.

unificación de los textos litúrgicos llevó probablemente a una "purificación" (o latinización) de la lengua escrita para asuntos no eclesiásticos, y simultáneamente la pronunciación del latín eclesiástico se extendió al no eclesiástico, entre los hablantes cultos, en temas de gobierno, de filosofía y de ciencias[13].

4.5. Walsh (1991) comparó un manuscrito totalmente latino (en la escritura al menos) del s. IX, procedente de San Millán de la Cogolla, con otro de mediados del s. XI, escrito en Toro (Zamora):

(a) Quoniam necdum homines sciunt quod soror mea es, parum de uia secede donec transeant. Et post transgressos illos, vocat eam: Eamus, soror, uiam nostram. Illa autem non respondente perquirens invenit eam mortuam et vestigia pedum eius plena sanguine.

(b) Et quando dedit domno Migael Citiz illa casa ad illo abbate, ille jacente jn suo lecto, uenit filio de Rodrigo Moniiz et suo uassallo et prendiderunt suo clerigo ad sua uarua et souarunt illum et jactarunt eum jn terra ad te suos pedes de illo abbate.

Para Walsh había dos códigos distintos, una especie de diglosia, en el norte de la Península Ibérica. El texto (a) refleja el latín eclesiástico o culto de los monasterios; el texto (b), el hispanorromance popular de los notarios. El primero era propio de individuos que además de tener un buen conocimiento de la gramática tradicional latina (morfología y sintaxis), estaban familiarizados con los textos religiosos del pasado y conocían un léxico muy extenso. El segundo texto caracterizaba a unos individuos que apenas sabían gramática latina, y cuyo léxico era relativamente pobre en comparación con el primer grupo. De todos modos, según Walsh, la pronunciación sería siempre la misma, la hispanorromance, tanto en la lengua notarial como en la eclesiástica. Pero, ¿cómo sabemos que no había diferencias de pronunciación? No lo sabemos, sino que lo imaginamos (la tesis de Wright).

Antes de la llegada de los monjes cluniacenses, en Castilla había una diglosia no solamente en el plano de la gramática, de la lengua escrita, como supuso Walsh, sino también en el plano oral (Gimeno 1988; 1995:122-25). Pero no resulta nada fácil saber cuáles fueron las diferencias existentes entre el castellano eclesiástico o culto y el popular. A diferencia de lo ocurrido en Britania, donde tenemos el testimonio del

13 En varias palabras (cultimos), esta pronunciación se extendió a toda la comunidad lingüística: CĔDRUS > *cèdre*, LATINUS > *latin*, MĔTRUS > *metre*, LĬBER > *livre*, FAMĬLIA > *famille*, PŬLPITUS > *pupitre*, VĬRGĬNE > ant. *virgine* > mod. *vierge*, etc.

anglosajón, en la Península Ibérica carecemos de datos suficientes para determinar los rasgos característicos del latín eclesiástico precluniacense. Los árabes llegaron a la Península Ibérica a comienzos del s. VIII, y las primeras palabras hispanolatinas que entraron en la lengua árabe fueron topónimos. Como veremos más adelante, las transcripciones árabes de topónimos hispanolatinos nos informan abundantemente sobre la pronunciación de las consonantes hispanolatinas en el s. VIII, y también después. Desafortunadamente, el sistema vocálico del árabe, con solo tres fonemas (/a, i, u/), de poco nos sirve para el estudio del sistema vocálico del latín (o romance) hispánico del s. VIII-IX, respecto a la posible confusión de /ī/ y /ē/, /ŭ/ y /ō/ del latín clásico. De todos modos, no creo que sea demasiado arbitrario suponer que también en la Península Ibérica, la pronunciación del latín eclesiástico hubiera sido tan conservadora como la existente en las Galias, antes de que comenzara el influjo probable del latín *eclesiástico* carolingio sobre el latín *eclesiástico* hispánico. La historia de REGULA y EGO, en el castellano medieval, muestra que en Península Ibérica hubo diferencias autóctonas entre el latín eclesiástico (estándar) y el hispanorromance popular (vernáculo), en el plano fonológico-histórico[14].

14 Durante toda la Edad Media, e incluso antes, el latín eclesiástico fué una fuente constante de nuevas palabras para el latín popular. En el léxico español actual, existen palabras procedentes del latín eclesiástico francés, como *virgen* y *angel*, pero sería demasiado arbitrario suponer que cualquier palabra española relacionada con la religión, o con la cultura, y que ofrezca un resultado no totalmente popular respecto a su étimo latino venga de Francia.

Del latín de CRŬCE tenemos *croix* (ant. *crois*) en francés, *crotz* en provenzal y *creu* (< *crou*) en catalán, pero esp. y port. *cruz*, vasco *kurutze*. Los resultados de MĬSSA son fr. *messe*, prov. *messa*, cat. y port. *missa* y esp. *misa*. De las palabras latinas CENTŬM, FORTIA, PUTEUS, RATIONE, PACE y VOCE proceden las francesas *cent*, *force*, *puits*, *raison* , *paix* (ant. *pais*) y *voix* (ant. *vois*). Inicialmente, bajo el influjo de la yod o de la vocal palatal siguiente, se palatalizaron las oclusivas latinas /t, k/. En la evolución PUTEUS > *puits*, se palatalizó la /t/, pero a continuación se perdió la vocal postónica, y la oclusiva palatal implosiva se desdobló en la semivocal palatal y en /t/. En las demás palabras, la oclusiva palatal pasó a una africada palatal sibilante, y luego se adelantó el lugar de articulación al principio de palabra o tras consonante. Pero en posición intervocálica, se mantuvo el lugar de articulación, y la africada sibilante palatal se desdobló en yod y una sibilante no palatal (Straka 1979:317-21). En el anglosajón tardío, con la Reforma Benedictina, entró desde Francia la forma CRŪC ~ CRŪCE (ASD, 2:135), conservada en inglés medieval: *cruche*, *crouche*, *crowch* (MED, 2:768). El resultado de CRŬCE en el latín eclesiástico carolingio fue [krútʃe], pero también hubo un resultado popular de esta misma palabra latina, *crois* (mod. *croix*), el cual entró también en el inglés medieval, durante la época normanda (ingl. mod. *cross*) El resultado autóctono de CRŬCE, en el latín eclesiástico del norte y del noroeste de la Península Ibérica, fue el conservado modernamente en vasco: *k*(u)*rutze*.

La distinción hecha por Walsh entre latín eclesiástico y latín notarial es parcialmente errónea, puesto que los notarios o bien eran monjes, o habían aprendido a escribir latín en los monasterios. La diferencia principal está en el contenido, religioso o no religioso. En los documentos de contenido no religioso, hay que distinguir también, por el grado de latinización, los reales, los forales y los llamados "notariales" (de compra-

---

En el s. VIII, y también antes, existieron en las Galias dos resultados de MĬSSA, uno culto o eclesiástico y otro popular: *missa* y *messa*. Del segundo procede el anglosajón tardío *messe* ~ *maesse* (mod. *mass*) y el alemán *messe*. No parece muy verosímil que la forma catalano-portuguesa *missa* y la española *misa* tengan procedencia ultrapirenaica.

Hay también otros casos donde el español coincide con el francés respecto a la conservación de un rasgo arcaico (o culto). Por ejemplo, en dos documentos del año 929, procedentes de la antigua sede episcopal de Valpuesta (nordeste de Burgos), encontramos la forma *libros* < LĬBROS (CV, 30-31). Es cierto que en francés existe *livre*, donde también se conservó el timbre de la /ĭ/, pero sería demasiado arbitrario suponer (según la tesis de Wright) que en *libros* la vocal de la sílaba inicial se pronunciaba /é/ en el castellano primitivo eclesiástico, y que en el s. XII, por influjo de los monjes cluniacenses, cambió a /í/.

Del lat. TŎXĬCUS tenemos los latinismos *toxique*, en francés, y *tóxico* en español. En un botánico anónimo hispanomusulmán que vivió en Sevilla hacia 1100, encontramos la observación siguiente (Asín 1943:301: "/ṭuqsiqū/ es el /bajʃ/, o sea el /nabbāl/". El botánico sevillano estaba constrastando tres palabras que designaban la planta llamada modernamente 'acónito'. La última forma era la romance-andaluza, y procedía del lat. NAPELLUS; la anterior era la forma árabe; la primera correspondía al latín eclesiástico-culto de Andalucía. Como puede observarse, en /ṭuqsiqū/ falta la /m/ final latina. La caída de la nasal debió de ser un fenómeno gradual, y seguramente se nasalizó la vocal precedente. Puesto que en árabe no existía una oposición fonológica entre vocales nasales y no nasales, no hay modo alguno de saber el resultado del latín /-UM/ en esta palabra. El grupo bifonemático latino /sk/ se transcribe {sk}. El testimonio del vasco (Michelena 1968) y del hispanoárabe (Torreblanca 1982) prueba que la /s/ ápicoalveolar de timbre grave, existente hoy día en catalán y español, procede de una sibilante anterior de timbre agudo, acústicamente similar al *sin* árabe. En el grupo latino /sk/, todavía se conservaba la primitiva /s/ hispanolatina, y también la oclusiva velar siguiente. La evolución normal de TŎXICUM, en castellano, habría sido /*toʃego/ > /*toʃgo/ > /*tosgo/ (Torreblanca 1987:166-70). En español moderno existe la palabra *tósigo*, la cual podría remontarse a una forma *toxicum* traída por los monjes cluniacenses a la Península Ibérica, pero no creo que sea nada fácil probar este origen, dada la existencia de /ṭuqsiqū / en el latín de Andalucía hacia el año 1100, y la sonorización de /k/ intervocálica. Muy bien pudiera ser que la forma española *tósigo* proceda directamente del latín eclesiástico hispánico medieval.

En la Península Ibérica, como en las Galias, existieron diferencias en el plano oral entre el latín eclesiástico-culto y el popular. Entre las Galias y la Península Ibérica hubo diferencias no sólo en el habla popular sino probablemente también en la eclesiástica-culta. Pero también existieron rasgos comunes. Muy probablemente, la evolución de las vocales latinas fue la misma en el latín eclesiástico de las Galias (§ 1.09) y de la Península Ibérica.

venta, arrendamiento de propiedades, donaciones, etc.).

Quien escribe lo hace para otro. La sintaxis y el léxico de los documentos notariales eran distintos de los que se daban en los documentos religiosos, pues aparte de las fórmulas usadas al principio y al final de las escrituras notariales, las cuales tal vez se omitían en la lectura de los documentos ante un público (o se leían del modo más rápido e ininteligible posible), el resto era leído ante personas entre las cuales algunas o varias no sabían leer (no se habían educado en un monasterio). Si la palabra pertenecía al léxico general, exceptuados los topónimos y los antropónimos (según su origen), podía escribirse aunque no siempre como en latín, e independientemente de cuál fuera su pronunciación en el latín eclesiástico, el notario podía usar la pronunciación romance o popular. Pero en palabras relacionadas con la vida material (agrícola especialmente), ausentes generalmente en el léxico religioso, la posibilidad de latinización era mínima. Lo mismo ocurría con los topónimos, a menos que se refiriesen a grandes unidades geográficas. Aunque inicialmente los topónimos tienen siempre un significado, en el transcurso del tiempo este significado puede desaparecer o debilitarse. Con los antropónimos, la latinización también era mínima, o inexistente, sobre todo con los de origen árabe y vasco, pero no con los de origen bíblico o latino. Como es bien sabido, en innovaciones fonológicas la lengua escrita suele llevar un gran atraso respecto a la oral, y bajo formas escritas de un modo tradicional, pueden darse nuevas pronunciaciones. En la expresión oral, existe un proceso de difusión léxica de los cambios fonológicos, palabra por palabra o morfema por morfema, dentro de la comunidad lingüística. En la expresión escrita, pero con retraso respecto a la oral, también se sigue el proceso de difusión léxica.

5. Conclusiones.

La tesis de Wright tiene dos partes. La primera se refiere a los orígenes del latín eclesiástico medieval, en el plano de la pronunciación (todo se lo inventaron los anglosajones); la segunda, al influjo de los monjes cluniacenses en el desarrollo del sistema grafo-fonológico del castellano medieval. La primera parte es errónea[15]. Vayamos a la segunda.

15 Puesto que la obra de Wright está escrita en lengua inglesa, pero con letras latinas, resulta sorprendente que al especular sobre los orígenes del sistema grafo-fonológico del latín medieval, no hubiera pensado también en los orígenes del sistema grafo-fonógico de la lengua inglesa, el cual procede del anglosajón. En Inglaterra, durante el período anglosajón, coexistieron dos lenguas escritas, la latina y la anglosajona. He leído varias obras sobre el inglés medieval (o anglosajón). Que yo sepa, no existe ningún especialista en anglosajón que crea que el latín dejó de hablarse en Britania hacia el año 500 y que el sistema grafo-fonológico del anglosajón se lo inventaron los

Según Wright (1982:50), es muy improbable que un escriba refleje, en la escritura, los cambios de pronunciación, aunque sí puede hacerlo si el cambio lingüístico es de índole sintáctica, principalmente, o semántica: "*the scribe is likely to reflect linguistic evolution in semantics and syntax, particularly in word order, but is unlikely to reproduce changes in pronunciation*". En escala de probabilidad, los cambios en el orden de palabras son seguramente los más propicios a ser registrados en la escritura. Los menos propicios, los cambios semánticos. En cuanto a la pronunciación, hay que distinguir los cambio fonéticos de los fonológicos. La percepción acústica de los cambios fonéticos depende totalmente del sistema fonológico del oyente, de que el cambio fonético ocasione o no un cambio en la estructura fonológica, incluyendo en este apartado la caída y la confluencia de fonemas. En un plano puramente fonético, en el castellano medieval tuvo lugar la evolución siguiente: lat. TAURUS > **touro* > *toro*. Pero la etapa **touro* no se reflejó en la escritura por no haber existido, ni en latín ni en el castellano primitivo normativo, una oposición fonológica entre [au̯] y [ou̯]. Los notarios o amanuenses escribieron *tauro* (o *toro*), aunque pronunciaran [tou̯ro]. Pero hubo otros cambios fonéticos que sí se reflejaron en la escritura, como veremos enseguida.

5.1. Para el estudio del castellano (burgalés) primitivo, anterior al supuesto influjo ultrapirenaico, resulta indispensable el Becerro de Cardeña (BC), el cual se conserva en una copia de fines del s. XI, escrita con letra visigoda. Esta colección diplomática contiene centenares de formas no "latinas", o no escritas como en el latín clásico, correspondientes al léxico especial de la vida material y a topónimos. Los datos que menciono a continuación se refieren únicamente a estas clases de palabras.

En castellano, los grupos consonánticos latinos /-lj-, -k'l-/ confluyeron en un mismo resultado. En el Becerro de Cardeña, estos grupos (no hay ejemplos de /-g'l-/) se escriben siempre igual. La grafía más frecuente es *li* (por razones obvias, omito los ejemplos de /-lj-/): *Orbanelia* < URBANICULA (a. 931, 943, 963, 984, 1012, 1039, 1050 y 1073: BC, 18, 19, 21, 23, 27, 33, 209, 342 y 345); *Montelio* < MONTICULU (a. 943: BC, 363); *obelia*, *obelias* y *ovelias* < OVICULA (a. 943, 945, 950 y 1048: BC, 171, 180, 238, 299 y 364); *parelio* y *parelios* < PARICULU (a. 958, 962 y 964: BC, 314, 315 y 317); *apelias* < APICULA (a. 964: BC, 337); *almutelios* < ár. /al-mudd/ + -ICULU (a. 966: BC, 131); *Canalelia* y *Kanalelia* < CANICULA (a. 974, 988, 1000 y 1030: BC, 31,

monjes anglosajones en el s. VI, basándose únicamente en textos latinos.

68, 79 y 332); [una saia] *vermelia* < VERMICULA (a. 994: BC, 282); *vallelios*, *Balleliolo* y *Ballelio* < VALLICULU (a. 1050, 1072 y 1074: BC, 95, 269 y 271); *Gulpeliares* < VULPECULA (a. 1061: BC, 160). También aparecen varios ejemplos de la grafía *gg*: *mortagga* < MORTALIA (a. 937: BC, 300); *Balleggo* ~ *Valleggo* < VALLICULU (a. 945, 968 y1042: BC, 15, 279 y 280); *Kanalegga* < CANALICULA (a. 950: BC, 362); *taggare* < TALEARE (a. 964: BC, 367); *Valle de Pecuggo* y *Valdepequggo* < PECULIU (a. 972: BC, 2); *magguelo* < MALLEOLU (a. 979,1044 y 1080: BC, 161, 162, 305 y 347); *Otero de Aggos* < ALLIU (a. 1041: BC, 216). Con relación a todas estas formas, hemos de tener en cuenta que aparecen en una copia de fines del s. XI. Cabe la posibilidad de que el copista, en algunas ocasiones, hubiera modificado la forma hallada en el manuscrito original, adaptándola a su propia época. Por ejemplo, en un mismo documento encontramos *taggare* junto a *taliare* (a. 964: BC, 367). Aunque en el Becerro de Cardeña no se da ningún ejemplo del grupo latino /-g'l-/ en topónimos o palabras relativas a la vida material, tenemos la forma *relias* < REGULA (CC, 11) del año 978, hallada en un documento original procedente de la comarca de Burgos.

En italiano, la grafía *gn* representa una nasal palatal; esta misma consonante se representa por *ñ* en español. La razón de esta diferencia radica en la fonología histórica de estas dos lenguas románicas. En italiano, la nasal palatal procede de los grupos latinos /-gn-, -nj-, -ndj-/: PUGNUS > *pugno*, VINEA > *vigna*, VERECUNDIA > *vergogna*; en castellano, de /-gn-/ (*puño*), /-nj-/ (*viña*), /-mn-/ y /-nn-/: DOM'NA > *dueña*, CAPANNA > *cabaña*. Puesto que en italiano los grupos /-gn-, -nj-, -ndj-/ confluyeron en un mismo resultado, los escribas eligieron la grafía {gn} para representar el resultado común. En castellano, la /-nn-/ latina se escribía frecuentemente con tilde, para indicar que era consonante doble. Los escribas castellanos (sin influjo lingüístico de nadie), eligieron la grafía {ñ}. Los grupos latinos /-lj-, -k'l-, -g'l-/ confluyeron también fonéticamente en castellano, y el primer resultado fue una lateral palatal, la cual se representó por {li}. Tampoco hubo aquí influjo ultrapirenaico. La grafía {gg} fue una total innovación castellana.

Menéndez Pidal (1968:275) dio a entender que la palatal lateral procedente de los grupos latinos /-lj-, -k'l-, -g'l-/ pasó directamente a una africada palatal sibilante sonora, en el castellano primitivo; puesto que por entonces la grafía simple *g* representaba habitualmente el sonido [ǰ], entre vocales (in riuo *magore*, *bagat* 'vaya', *bago* 'bayo', *Bizcaga* 'Vizcaya', *sega* < SEDEAT, *segamus* < SEDEAMUS), se inventó la grafía doble {gg} para señalar que la consonante representada era oclusiva palatal. Según Alarcos (1981), en el leonés y castellano primitivos el

primer resultado no lateral de los grupos latinos /-lj-, -k'l-, -g'l-/ fue una oclusiva palatal sonora, la cual posteriormente evolucionó a una fricativa palatal no sibilante en leonés, y a una africada palatal asibilada en castellano. En un plano fonético, el resultado inmediato de la lateral palatal hubo de ser una oclusiva. Una consonante lateral es parcialmente oclusiva, en la región central. Al cerrarse la abertura lateral, la consonante lateral debió de pasar primeramente a oclusiva. Como dijimos en otra ocasión (Torreblanca 2002 [2000]), tanto las hablas modernas del norte de Castilla (GALLEU > *gayo* 'gajo', PALEA > *empayar* 'empajar'), al igual que los documentos medievales (la grafía *y*), prueban inequívocamente que en el castellano primitivo existió una oclusiva palatal sonora procedente de /-lj-, -k'l-, -g'l-/, como indicó Alarcos. De todos modos, e independientemente de la interpretación que queramos darle a la grafía {gg}, el hecho concreto es que los escribas castellano-burgaleses del último tercio del s. XI (no tenemos evidencia documental de que existiera antes), se inventaron una grafía para representar un fonema que había surgido en la lengua, en posición intervocálica. En esta empresa, los monjes cluniacenses no tuvieron nada que ver.

En cuestiones de lingüística histórica deberíamos distinguir lo teórico de lo concreto. Teóricamente es posible que cambien el valor fonológico de las letras, y así ocurrió en ocasiones en la evolución del latín al castellano alfonsí, y del alfonsí al español moderno. Pero los sistemas grafo-fonológicos pueden ajustarse, internamente, a los cambios fonológicos, incluso si para ello es necesario inventarse nuevas grafías.

5.2. Según Menéndez Pidal (1968:62), el influjo ultrapirenaico en el sistema grafo-fonológico del castellano medieval se dio únicamente con la grafía {ch}, para representar la africada palatal sibilante sorda, [tʃ]. Esto es cierto. En Castilla, los primeros ejemplos de la letra {ch} con el mismo valor que tiene hoy día son de fines del XI y comienzos del XII: *Echa* Sancio, *Echa* Lupe (a. 1096: CO, 1:140); Garcia *Sanchet*, Diac *Sanchet* (a. 1107: CM, 272). Pero tardó mucho tiempo en imponerse esta grafía para representar la africada palatal sibilante. Menéndez Pidal (1968:70) observó que en la *Disputa del Alma y el Cuerpo* (comienzos del s. XIII), el escriba era muy conservador, pues "desconocía" el uso de {ch} con valor de [tʃ] y todavía se servía de las grafías {i}, {g} para representar esta consonante: *leio* 'lecho' y *nog* 'noche'. No parece muy verosímil que este escriba fuera tan ignorante y que nunca hubiera leído un documento donde la grafía *ch* representara la africada palatal sibilante sorda. El escriba de la *Disputa* se encontraba en buena compañía, pues en los documentos de las dos primeras décadas del s. XIII, no son

raros los casos de grafías distintas de {ch} con valor de [tʃ]. Además de los dos ejemplos de la *Disputa*, Menéndez Pidal (1968:60-62) mencionó los siguientes: *peie* 'peche' (a. 1200); *proueio* 'provecho', *dereio* 'derecho', *Toia* 'Atocha', *eia*, *eien* y *eiar* 'echar' (Fuero de Madrid: a. 1202); *teiho* 'techo' y *Saniho* 'Sancho' (a. 1205); *contradiggo* 'contradicho' (a. 1220). Otros ejemplos de fines del s. XII, del s. XIII e incluso posteriores, son: Lop *Sangez* 'Sánchez' (a.1200: DH, 1:99); *dereieros* 'derecheros' (a. 1203: DSCV, 215); Lop *Sangez* (a. 1203: MS, 343); Lop *Sangez*, *Sango*, *Sango* Lopez, (a. 1210: MS, 347-49); *Saniho* 'Sancho' (a. 1210: CA, 251); *Cadreias* 'Cadrechas' (a. 1213: MR, 1:638); *ojaenta* 'ochenta' (a. 1219 y 1222: DL, 47 y 48); *ensaniassen* 'ensanchassen' (a. 1228: DL, 235); *Sango* 'Sancho' (a. 1253: DH, 2:230); *Focha* < FOLIA (a. 1257: CO, 2:663); *cuiares* < COCHEARE 'cuchara' (a. 1289: DL, 168); *Sanio* 'Sancho' (comienzos del s. XIV: DC, 248). En una ocasión la grafía {y} se utiliza con valor de [tʃ]: *Sanyo* 'Sancho' (a. 1211: DC, 294).

Como dijimos en otra ocasión (Torreblanca 2002), en el sistema grafo-fonológico del castellano primitivo, heredado del latín, no se distinguía el lugar de articulación de las africadas sibilantes. Sólo tenían la letra {z}. En los primeros contactos entre los castellanos y los inmigrantes venidos de las Galias, se introdujo la letra {ch} con valor de [tʃ], como en francés y provenzal, para poder diferenciar gráficamente las africadas sibilantes de distintos lugar de articulación. Pero en la ortografía tradicional visigoda, la letra {ch} representaba únicamente el fonema /k/, y a pesar del influjo ultrapirenaico, el uso tradicional de {ch} continuó a lo largo del s. XII y comienzos del XIII, disminuyendo gradualmente a partir de entonces. Por ejemplo, en un manuscrito de 1200 (DL, 276-77), la grafía *ch* representa indistintamente /k/ y /tʃ/: *che* [10 veces], *chereloso*, *achelas*, *cherela*, *achel* [3 veces]; *peche* [8 veces], *pechen*. No todos los escribas utilizaron la grafía {ch} de este modo, y muchos de ellos prefirieron no servirse de *ch* para representar la africada palatal sibilante sorda, como el escriba de la *Disputa del Alma y el Cuerpo*. Junto a las formas *teiho* 'techo' y *Saniho* 'Sancho', mencionadas por Menéndez Pidal, se encuentran también seis ejemplos de {ch} con valor de /k/ (a. 1205: DL, 18): *chasas*, *achella*, *che* [2 veces] y *Checeda* (a. 1205: DL, 18); en el mismo Ms. donde se da *contradiggo* 'contradicho', ocurren también *figgos* 'hijos', *pescheras*, *che* [3 veces] y *chisiere* (a. 1220: DL, 22-23). Si {ch} podía tener el valor de /k/ y el escriba quería indicar claramente que la consonante obstruyente era palatal, tenía que servirse de otras grafías, aunque estas también pudieran representar una obstruyente palatal sonora. A partir del año 1230 disminuye grandemente el uso de grafías distintas de *ch* para representar la africada pala-

tal sibilante sorda: *Sango* 'Sancho' (a. 1253: DH, 2:230); *cuiares* < COCHLEARE 'cuchara' (a. 1289: DL, 168); *Sanio* 'Sancho' (comienzos del s. XIV: DC, 248). El último caso coincide cronológicamente con los ejemplos más tardíos de la grafía *ch* con valor de /k/: *richo* (a. 1303: DH, 4:264); *Archos* (a. 1308 y 1309: CB, 5:253-54, 257 y 263-64); *archa*, *archas* (a. 1314: CB, 5:329); *rechenemos* [errata por *recheremos*] (a. 1315: DO, 3:50). Los cambios grafo-fonológicos tardan tiempo en imponerse, sobre todo si vienen de fuera.

5.3. En la Introducción de *Orígenes del español* (1968:vii-viii), Menéndez Pidal dijo que como consecuencia de la reforma cluniacense, en los dos primeros tercios del s. XII hubo un gran declive de formas romanceadas en comparación con los dos siglos anteriores, pero que a partir del último tercio aumentaron gradualmente las formas romanceadas. Esto es cierto, pero no hubo un corte radical en el sistema grafo-fonológico. La grafía {ch} con valor de /k/, que encontramos en la escritura visigoda anterior al año 1100, continuó ininterrumpidamente hasta comienzos del XIV. La grafía {gg}, representando una consonante obstruyente palatal, siguió usándose hasta el primer tercio del s. XIII (Menéndez Pidal 1968:59-62). Durante toda la Edad Media e ininterrumpidamente, las grafías {x} y {ñ} representaron la sibilante fricativa palatal sorda y la nasal palatal. El influjo cluniacense en los documentos notariales de 1100 a 1170 consistió, principalmente, en la imposición de la letra carolina y en una disminución de formas romanceadas, pero estas nunca desaparecieron totalmente, incluso en el léxico general.

Al llegar a Castilla, los monjes cluniacenses no estaban familiarizados con la escritura visigoda y no entendían tampoco el romance castellano. Para el beneficio de los monjes cluniacenses, se extendió el uso de la letra carolina y se latinizó la lengua notarial escrita para acercarla lo más posible a la lengua escrita eclesiástica. Pero el sistema grafo-fonológico anterior continuó durante este período, y los inmigrantes venidos de Francia aprendieron el romance castellano. Este hecho produjo, en el último tercio del s. XII, un incremento gradual de formas romanceadas. Hubo además un factor coadyuvante. En el transcurso del s. XII la pronunciación del romance castellano continuó cambiando, alejándose más y más de la pronunciación del latín eclesiástico. Consecuentemente, aumentó el número de formas en que diferían el latín eclesiástico y el romance de Castilla, y la necesidad de separarlas en la escritura, según el contenido de los documentos. Con la única excepción de la grafía *ch* con el mismo valor fonológico que tiene hoy día, los inmigrantes venidos de Francia no dejaron huella alguna en el sistema grafo-

fonológico del castellano medieval. Cabe la posibilidad de que los inmigrantes franceses pudieran haber contribuido, como factor coadyuvante, en la distinción grafo-fonológica /f/ : /h/ del castellano medieval, pero esta distinción y el uso de la grafía {h} con valor de /h/, existían en la Península Ibérica desde hacía siglos (Torreblanca 1992).

Como bien dijo Menéndez Pidal, el sistema grafo-fonológico del castellano medieval tiene raíces autóctonas, y su evolución debemos de estudiarla única o preferentemente dentro del castellano mismo. Solamente si este sistema presentara alguna anomalía (la grafía {ch}, con valor de /tʃ/), podríamos recurrir entonces a influjos venidos de fuera. Pero no deberíamos aplicar, de un modo arbitrario, un sistema ultrapirenaico a los documentos castellanos medievales. La lengua española o castellana procede de la latina. Entre el latín de la época del Imperio Romano y el castellano alfonsí ocurrieron varios cambios fonéticos y fonológicos. El mejor modo de estudiarlos consiste en examinar cuidadosa y prudentemente los documentos, sin *prejuicios* de ninguna clase.

Abreviaturas

ASD, 1-2	Bosworth y Toller 1972
BC	Serrano 1910
CA	Serrano 1925
CAS	Díez Herrera 1983
CB, 1-2	Garrido Garrido 1983
CB, 4-5	Pereda Llarena 1984
CC	Serrano 1907
CM	Serrano 1906
CO, 1-2	Álamo 1950
CS, 1-2	Escagedo Salmón 1927
DC	Merchán 1982
DH, 1-3	Lizoain Garrido 1985-87
DH, 4	Lizoain Garrido y Castro Garrido 1987
DH, 5	Castro Garrido 1987
DL	Menéndez Pidal 1919
DO, 1-3	Oceja Gonzalo 1983-86
DSCV	Serrano 1905
DMT	Serrano 1933
DMV	Serrano 1905
LHP	Lapesa 2003
LS	Jusué 1912
MED, 1-13	Kurath y Kuhn 1952-1999

MR	García y Sainz 1961
MS	Abad Barrasus 1985

BIBLIOGRAFÍA

ABAD BARRASÚS, Juan, ed. 1985. *El monasterio de Santa María de Puerto*. Santander: Institución Cultural de Cantabria.

ÁLAMO, Juan del, ed. 1950. *Colección diplomática de San Salvador de Oña*. 2 vols. Madrid: C.S.I.C.

ALARCOS LLORACH, Emilio. 1981. De algunas palatales leonesas y castellanas. *Logos Semantikos. Studia linguistica in honorem Eugenio Coseriu*. Madrid: Gredos y Walter de Gruyter. vol 5: 267- 276.

ALLEN, W. Sidney. 1978. *Vox Latina*. London: Cambridge University Press.

ASÍN, Miguel. 1943. *Glosario de voces romances registradas por un botánico hispano-musulmán (siglos XI-XII)*. Madrid: C.S.I.C.

BADÍA MARGARIT, Antonio. 1950. *El habla del Valle de Bielsa*. Barcelona: C.S.I.C.

BLECUA, José Manuel, Juan Gutiérrez y Lidia Sala, eds. 1998. *Estudios de grafemática en el dominio hispano*. Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca.

BLAIR, Peter Hunter. 1956. *Introduction to Anglo-Saxon England*. Cambridge: Cambridge University Press.

BOSWORTH, Joseph, y T. Northcote TOLLER, 1972. *An Anglo-Saxon dictionary*. 2 vols. London-New York: Oxford University Press.

BULLOUG, Donald. 1966. *The Age of Charlemagne*. New York: Putnam.

CAMPBELL, A. 1959. *Old English Grammar*. Oxford: Clarendon Press.

CANTINEAU, Jean. 1941. *Cours de phonétique arabe*. Alger: G. Millon.

CASTRO GARRIDO, Arceli. 1987. *Documentación del monasterio de Las Huelgas* (1307-1321). Burgos: J. M. Garrido.

CHADWICK, Hector Munro. 1973. *Studies in Old English*. Folcroft, Pa.: Folcroft Library Editions.

DÍEZ HERRERA, Carmen, ed. 1983. *Abadía de Santillana del Mar. Colección diplomática*. Santillana del Mar: Taurus.

ESCAGEDO SALMÓN, Mateo. 1927. *Colección diplomática. Privilegios, escrituras y bulas de la Insigne Iglesia Colegial de Santillana*. 2 vols. Santoña: C.P. del Deuso.

FRINGS, Theodore. 1957. *Grundlegung einer Geschichte der deutschen Sprache*. Halle: Max Niemeyer Verlag.

GARCÍA Y SAINZ DE BARANDA, JULIÁN. 1961. El monasterio de monjes bernardos de Santa María de Rioseco y su cartulario. *BIFG* 14:745-53.

GARRIDO GARRIDO, José Manuel. 1983. *Documentación de la catedral de Burgos* (804-1183; 1184-1222). 2 vols. Burgos: J. M. Garrido.

GIMENO MENÉNDEZ, Francisco. 1988. Aproximación sociolingüística a los orígenes del español. *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*. Madrid: Arco/Libros. 1183-92.

—. 1995. *Sociolingüística histórica* (*siglos X-XI*). Madrid: Visor.

GODMAN, Peter. 1985. *Poetry of the Carolinguan Renaissance*. London: Duckworth.

HAMP, E.P. 1957. Social Gradience in British Spoken Latin. *Britannia*, 6:150-62.

JACKSON, Kenneth. 1953. *Language and History in Early Britain*. Cambridge: Harvard University Press.

JUSUÉ, Eduardo, ed. 1912. *Libro de regla o Cartulario de la antigua abadía de Santillana del Mar*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.

KASTOVSKY, Dieter. 1992. Semantics and Vocabulary. En Richard M. Hogg (ed.), *The Cambridge History of the English Language*. Vol. 1: 290-408. Cambridge: Cambridge University Press.

KURATH, Hans, y Sherman M. KUHN, eds. 1952-1999. *Middle English Dictionary*. 13 vols. Ann Arbor, Mich. USA: University of Michigan Press; London: G. Cumberledge, Oxford University Press.

LAPIDGE, Michael. 1984. Gildas' education and the Latin culture of sub- Roman Britain. En Michael Lapidge y David Dumville, *Gildas: New Approaches*. Woodbridge, Suffolk: The Boydell Press. 27-50.

LASS, Roger, y John M. Anderson. 1975. *Old English Phonology*. Cambridge: University Press.

LIZOAIN GARRIDO, José Manuel, ed. 1985-87. *Documentación del monasterio de Las Huelgas* (1116-1230; 1231-1262; 1263-1283). 3 vols. Burgos: J. M. Garrido.

— y Araceli Castro Garrido, eds. 1987. *Documentación del monasterio de Las Huelgas* (1284-1306). Burgos: J. M. Garrido.

LOTH, Joseph. 1892. *Les mots latins dans les langues brittoniques*. Paris: Émile Bouillon.

LÖFSTED, Bengt. 1983. Reseña de Wright (1982). *Vox Romanica* 42: 259 - 63.

MANN, J. C. 1971. Spoken Latin in Britain as Evidenced in the Inscriptions. *Britannia* 2:218-224.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. 1900. *Disputa del alma y el cuerpo. Auto de los reyes magos*. Madrid: separata de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

—. 1968. *Orígenes del español*. 6ª ed. Madrid: Espasa-Calpe.

MERCHÁN FERNÁNDEZ, Carlos, ed. 1982. *Sobre los orígenes del régimen señorial en Castilla. El abadengo de Aguilar de Campoo (1020-1369)*. Málaga: Universidad de Málaga.

MICHELENA, Luis. 1968. Lat. *s*: el testimonio vasco. *XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*. Madrid: Añejo LXXXVI de la *RFE*, 2: 473-498.

NORBERG, Dag. 1958. *Introduction a l'étude de la versification latine* médiévale. Stockholm: Almquist & Wiksell.

—. 1968. *Manuel pratique de latin médiéval*. 1968. Paris: A. & J. Picard.

OCEJA GONZALO, Isabel, ed.. 1983-86. *Documentación del monasterio de San Salvador de Oña* (1032-1284, 1285-1310, 1311-1318). 3 vols. Burgos: J. M. Garrido.

PENNY, Ralph. 1998. La grafía de los textos notariales castellanos de la Alta Edad Media: ¿sistema logográfico o fonológico?. En José Manuel Blecua, Juan Gutiérrez y Lidia Sala. 211-223.

PEREDA LLANERA, F. Javier. 1984. *Documentación de la catedral de Burgos* (1254-1293; 1294-1316). 2 vols. Burgos: J. M. Garrido.

PHEIFER, J. D. 1974: *Old English Glosses in the Épinal-Erfurt Glossary*. Oxford: The Clarendon Press.

POGATSCHER, Alois. 1888. *Zur Lautlehre der griechischen, lateinischen und romanischen Lehnworte in Altenglischen*. Strassburg: Karl J. Trübner.

QUILIS MERÍN, Mercedes. 1999. *Orígenes históricos de la lengua española*. Valencia: Universitat de València.

RIVET, A.L.F., y Colin Smith. 1979. *The Place-names of Roman Britain*. Princeton: Princeton University Press.

SAWYER, P. H. 1968. *Anglo-Saxon Charters*. London: Royal Historical Society.

SERJEANTSON, Mary S. 1935. *A History of Foreign Words in English*. London: Kegan Paul.

SERRANO, Luciano, ed. 1905. Documentos del monasterio de Santa Cruz de Valcárcel (Burgos). *RABM* 9: 115-27 y 241-52.

—. 1906. ed. *Colección diplomática de San Salvador del Moral*. Valladolid: Cuesta.

—. 1907. ed. *Cartulario del Infantado de Covarrubias*. Valladolid: Cuesta.

—. 1910. ed. *Becerro gótico de Cardeña*. Valladolid: Cuesta.
—. 1925. ed. *Cartulario de San Pedro de Arlanza*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.
—. 1933. Los Armíldez de Toledo y el monasterio de Tórtoles. BRAH, 103: 69-140.
STRAKA, Georges. 1979. *Les sons et les mots*. Paris: Klincksieck.
SWEET, Henry. 1978. *A Second Anglo-Saxon Reader*. Edición revisada por T.F. Hoad. Oxford: Clarendon Press.
THOMAS, Charles. 1981. *Christianity in Roman Britain to ad 500*. Berkeley: University of California Press.
TORREBLANCA, Máximo. 1982. La "s" hispanolatina: el testimonio árabe. *Romance Philology*, 35: 447-463.
—. 1987. Sobre la evolución de las sibilantes implosivas en español. *Journal of Hispanic Philology*, 11: 151-173 y 223-249.
—. 1988. La palatalización de *l-* inicial latina en catalán y leonés. *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*. Madrid: Castalia. 1: 289-297.
—. 1992. Sobre los orígenes de la distinción fonológica /f/ : /h/ en el castellano medieval. *Romance Philology*, 45: 369-409.
—. 1994. On Hispano-Arabic Historical Phonology: Latin and Romance Evidence. 1994. *Perspectives on Arabic Linguistics VI*. Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins. 37-62.
—. 2002 [2000]. El sistema gráfico-fonológico del castellano primitivo. Las consonantes palatales. *Actas del V congreso internacional de historia de la lengua española*. Vol. I: 416-429. Valencia: Gredos.
VÄÄNÄNEN, Veiko. 1967. *Introduction au latin vulgaire*. Paris: Librairie C. Klincksieck.
WALSH, Thomas J. 1991. Spelling lapses in Early Medieval documents and the reconstruction of primitive Romance Phonology. En Roger Wright. 205-218.
WRIGHT, Roger. 1982. *Late Latin and Early Romance in Spain and Carolingian France*. Liverpool: Francis Cairns.
—. 1991, ed. *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages*. London: Routledge.